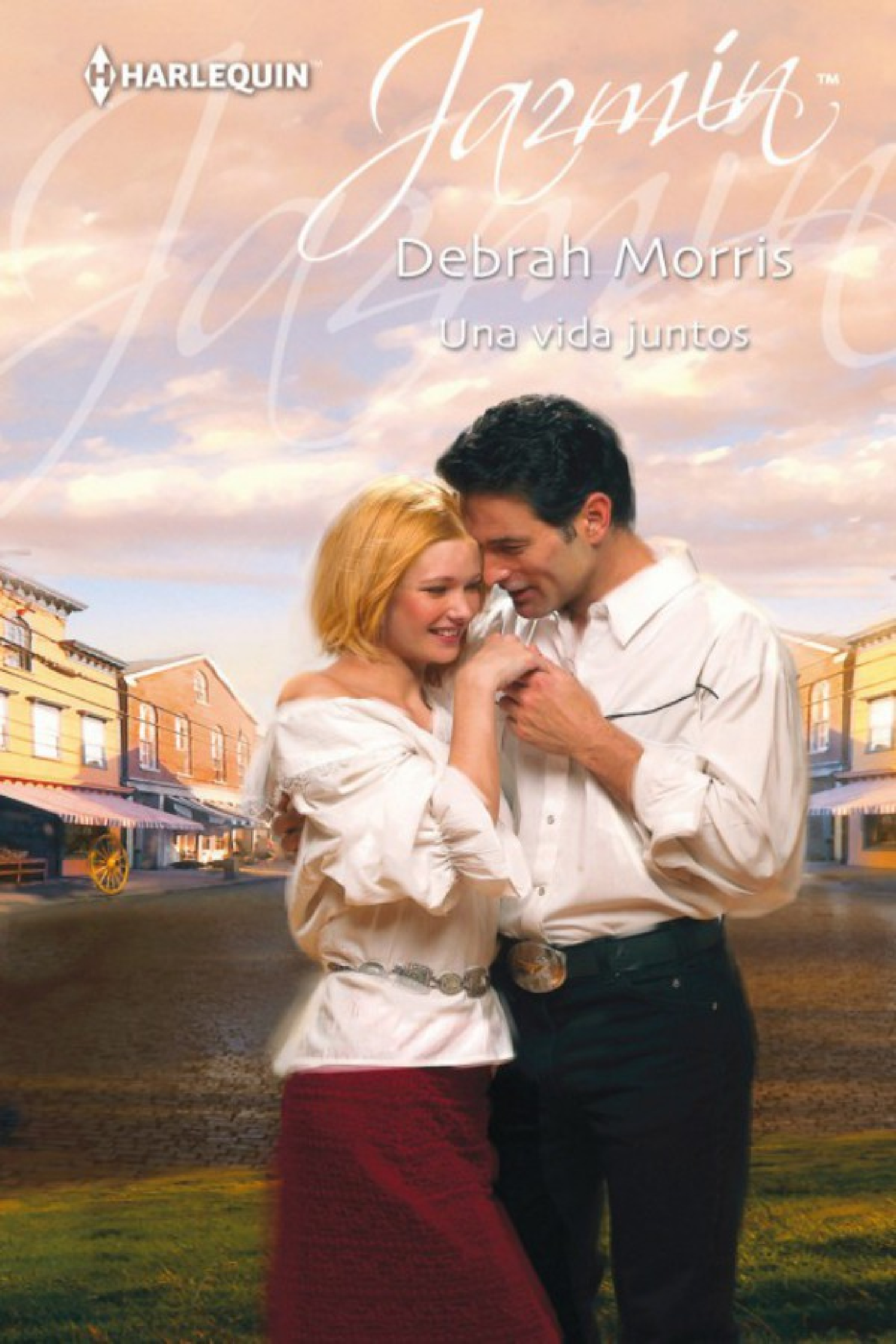

HARLEQUIN
Jazmín
Debrah Morris
Una vida juntos

Una vida juntos

Briny Tucker era un muchacho de campo con apenas unos centavos en el bolsillo que jamás había creído en milagros. Entonces ganó cincuenta millones en la lotería y decidió contratar a Dorian Burrell, una de las mujeres más ricas y bellas que había visto en su vida, para que lo ayudara a refinar sus modales. Pero su costumbre de dar dinero a cualquiera que lo necesitara no parecía formar parte de las lecciones de la bella profesora...

Dorian admiraba la generosidad de Briny, y entonces ocurrió que sus empeños por convertirlo en un hombre de la alta sociedad se vieron relegados por otras necesidades... ¿Estaba preparada para pasar de profesora a alumna en manos de Briny?

El hombre de los cincuenta millones de dólares.

PRÓLOGO

A veces los sueños se hacen realidad

ERASE una vez un polvoriento pueblo de Texas llamado Slapdown, en el que vivía un hombre pobre, guapo y de buen corazón llamado Briny. Trabajaba mucho, pero la compasión lo había hecho pobre. Siempre estaba dispuesto a ofrecerle su ayuda a los demás y solía decir: «¿Para qué es bueno el dinero si no puedes hacer algo bueno con él?».

Briny trabajaba en una empresa petrolera que proveía de combustible a millones de personas. Aunque tenía poca formación, había sido bendecido con una inteligencia natural y gran abundancia de generosidad y honradez. Tanto que la gente lo llamaba «un príncipe entre los hombres».

Si las galletas de la suerte dicen la verdad y el éxito en la vida se mide por los amigos, Briny podría considerarse a sí mismo un millonario.

De hecho, tenía todo lo que deseaba: la estima de la gente, una casita con ruedas, un perro leal y una furgoneta que funcionaba casi todo el tiempo. Solo necesitaba una cosa para que su vida fuera completa: una doncella a la que amar. Una mujer especial con la que compartir su sencilla vida y que lo adorase por encima de todo.

Ese era el deseo que Briny guardaba en su corazón.

Siempre optimista,, sabía que algún día ese sueño se haría realidad. Él no creía en el destino, pero sí en el poder del amor y en que las buenas obras son siempre recompensadas.

De modo de Briny vivía al día, sin hacer planes y raramente preocupado por el futuro. Pero como tenía esperanzas, repetía cierto ritual: una vez por semana compraba seis latas de cerveza, una pizza y un billete de lotería.

Seleccionaba los seis números cuidadosamente, eligiendo aquellos con un significado especial: veintinueve porque esa era su edad, seis por el número de chicos con los que había compartido habitación en el orfanato, treinta y dos por todos los cachorros que había tenido Reba desde que la rescató, veinte por el número de letras que había en su nombre: Brindon Zachary Tucker y once

porque eran los años que llevaba trabajando para Chaco Oil.

El último de sus números mágicos era el uno.

Por la mujer con la que compartiría su vida.

Briny había comprado muchos billetes de lotería durante su vida. No le tocó nunca, pero albergaba la esperanza de que la suerte iba a sonreírle algún día. Aunque solo quería lo suficiente para pagar sus deudas, comprar una furgoneta que no lo dejase tirado y una casita sin ruedas.

Briny hizo un juramento ante el propietario de la administración de lotería: si, por algún milagro, le tocaba algún día, usaría ese dinero para ayudar a los más necesitados.

Con esa ilusión, dormía tranquilamente cada noche, sin saber que su sencilla vida estaba a punto de cambiar de una forma que jamás habría imaginado. Porque Briny, el generoso joven que nunca soñaba con riquezas, no sabía que iba a tocarle el gordo.

Pero eso fue exactamente lo que pasó.

CAPÍTULO 1

QUIERO ver a Malcolm.

No estaba sufriendo lo que su abuela llamaría un ataque de histeria, pero Dorian Burrell se había puesto de los nervios durante la escenita en el banco. Normalmente se encontraba con su administrador en el club de campo y tener que soportar el insufrible tráfico de Dallas a la hora del almuerzo sencillamente había conseguido sacarla de sus casillas.

Dorian pasó por delante del mostrador de recepción, impaciente. Tenía preguntas que hacer y necesitaba respuestas. Pero la recepcionista se interpuso en su camino.

—Perdona, señorita Burrell.

Dorian se volvió con «la mirada». Esa mirada ensayada para aterrorizar a camareros, doncellas y secretarias que se atrevían a contrariarla.

—¿Sí?

Su tono era lo suficientemente frío como para secar el poto que la pobre secretaria tenía sobre la mesa.

La recepcionista agachó la cabeza para comprobar la agenda de Malcolm O'Neal.

«Esta pobre chica debería cortarse las puntas», pensó Dorian.

—Lo siento, pero no veo su nombre en la agenda de hoy, señorita Burrell. El señor O'Neal no la espera y...

—No te preocupes, me recibirá, Tina —la interrumpió Dorian, poniendo énfasis en el nombre de la secretaria para hacerle saber que sería un error interponerse en su camino.

—Espere, por favor. Voy a llamar al señor O'Neal.

—No te molestes. Lo sorprenderé.

Aquel era un día lleno de sorpresas. La propia Dorian había recibido unas cuantas, ninguna de ellas agradable. Irritada, se volvió sobre sus tacones de aguja y empujó la puerta de roble.

Malcolm estaba hablando por teléfono, pero sonrió al verla. Y que se atreviese a ponerle alguna pega...

—Dorian, querida, ¿a qué le debo este inesperado placer? —preguntó Malcolm, que se había despedido de su interlocutor a toda velocidad.

Dorian se sentó en una esquina del escritorio, estirando la falda del traje de lino.

—Corta el rollo, Malcolm. ¿Qué demonios está pasando?

—No sé a qué te refieres.

Malcolm O'Neal era el administrador de la familia Burrell desde siempre. Era un hombre astuto para los negocios, pero su actitud servil siempre la había sacado de quicio.

—Por favor… he quedado a comer con Tiggy Moffat en el salón de té Venecia en… —Dorian miró su reloj con esfera de diamantes— menos de media hora. No tengo tiempo para jueguecitos.

—Si me dices cuál es el problema te ayudaré a resolverlo, Dorian =replicó Malcolm, quitándose una pelusa invisible de la solapa.

«Qué hombre tan fatuo», pensó ella. Su traje de diseño había sido adquirido con el dinero que su familia le pagaba. Tenía más de cincuenta años, pero ni una sola cana, de modo que se teñía el pelo.

—Te diré cuál es el problema. Me he parado un momento en un cajero para sacar dinero y se ha tragado mi tarjeta.

—¿Ah, sí? —a pesar de sus esfuerzos por parecer preocupado, Malcolm no era capaz de conseguirlo.

—Pues sí —replicó Dorian, conteniendo el deseo de darle en la cara con el Wall Street Journal—. Imaginé que había algún error, así que entré en el banco para solucionarlo.

—¿Y?

—El cajero llamó al director y este me dijo que mi cuenta estaba en números rojos. ¿Te lo puedes creer?

Malcolm se dio un par de golpecitos en la frente con el dedo.

—Bueno, eso te ha pasado otras veces.

—¡De eso nada!

—Quizá no lo has sabido hasta ahora porque tu abuela se encargaba de ordenar al banco que cubriese cualquier descubierto.

Dorian ignoró la no tan sutil crítica. Después de todo, Malcolm solo era un empleado. Si no suyo, de su abuela.

—Solo faltan un par de semanas para que me hagan el próximo ingreso del fideicomiso, así que decidí sacar algo por adelantado con la tarjeta de crédito. Pero el director del banco la había cancelado. ¿Quién se cree que es? Su sueldo no llega ni a lo que yo me gasto yo en zapatos cada año.

—Por favor, siéntate, Dorian —dijo Malcolm entonces—. Tenemos que hablar.

—Sí, desde luego —replicó ella, dejándose caer en el sillón—. ¿Por qué me ha hecho eso?!

—Me temo que solo estaba obedeciendo órdenes.

—¿De quién?

—De Pru.

Dorian abrió los ojos como platos.

—¿Mi abuela le ha dicho que retire mis tarjetas de crédito?

—Me temo que sí —suspiró Malcolm—. Y el próximo ingreso de tu fideicomiso no llegará en un par de semanas. Llegará en doce semanas.

—Pero otras veces me he quedado sin dinero y mi abuela siempre se encarga del descubierto —murmuró ella, sacando un móvil dorado del bolso—. Voy a llamarla ahora mismo.

—Me temo que no puedes. Se ha ido de viaje.

—¿Está en el rancho?

—Se ha ido del país.

—¿Cómo?

—Ahora mismo está en un yate, haciendo un crucero por el Mediterráneo. Me ha pedido que te diga que no volverá hasta dentro de tres meses.

Atónita, Dorian dejó caer el móvil.

—No entiendo.

—Creo recordar que tu abuela te ha advertido muchas veces que gastabas demasiado. ¿No insistía en que recortases el presupuesto?

—Es posible. Pero siempre me ha prestado dinero cuando no lo tenía...

Malcolm se estiró la corbata.

—Según ella, te advirtió que no volvería a hacerlo.

Dorian miró hacia el techo, suspirando. Era cierto. Dos semanas antes, su abuela la llamó a la mansión de North Park para echarle una reprimenda por lo que consideraba «gastos desorbitados». Pero como solía regañarla por eso, Dorian no le prestó atención. Tenía prisa porque había quedado con sus amigas para la inauguración de un restaurante.

—¿Qué estás diciendo, Malcolm?

—¿Quieres que te haga un resumen?

—Por favor. Ya he recibido la charla, primera y segunda parte.

—Para decirlo con toda claridad: no tienes dinero. Estás en la ruina, en bancarrota. El término específico para tu situación es: «insolvente».

Donan soltó una carcajada. Si no lo hacía, acabaría bañada en lágrimas. Y Dorian Burrell no lloraba en público. Solo lo hacía en la soledad de su cuarto.

—Lo dirás de broma.

Malcolm levantó una ceja, como para recordarle que él no bromeaba nunca.

¿Arruinada? Ella no había conocido más que la riqueza y los privilegios. ¿Cómo podía estar arruinada? ¿Qué significaba estar arruinada?

—¿Y qué hago ahora?

—Eso tendrás que decidirlo tú —contestó el administrador.

Dorian empezó a darle vueltas a la cabeza. ¿Tendría que irse del apartamento que su abuela le había regalado el día que se graduó en la universidad? En el mejor barrio del West End, era un lujoso dúplex desde el que podía verse toda la ciudad, muy cerca de los mejores restaurantes, teatros y discotecas.

Ella no había pagado personalmente las facturas, pero eligió cada mueble, cada obra de arte. Y se sentía segura allí; era su refugio.

Las casas en las que había crecido nunca fueron un hogar. Eran sitios fríos, decorados por profesionales y llenos de mayordomos y doncellas con uniformes de color gris. Su madre flotaba por las fabulosas habitaciones como un espíritu amorfo, precioso pero no exactamente real.

Siempre intocable.

—¿Y qué pasa con mi apartamento?

—Pru fue muy explícita al respecto. Seguirás viviendo allí.

Donan dejó escapar un suspiro de alivio. Estaba al borde de las lágrimas, pero aquella vez de gratitud, algo aún más raro en ella que las de tristeza o autocompasión.

—Pero no tengo dinero.

Siempre pensó que tenía menos posibilidades de pronunciar esa frase que, por ejemplo, «he quedado en Marte con una amiga».

—Hasta que llegue tu ingreso del fideicomiso, no.

—Pero no llegará hasta septiembre.

—Eso es.

—Y estamos en junio.

Malcolm miró su elegante calendario.

—Así es.

—No me lo puedo creer. ¿Y qué voy a hacer hasta entonces? ¿Mi abuela ha dejado algunas sabias palabras para mí antes de desaparecer?

—Dijo que estaba segura de que sabrías salir del apuro. Vienes de una familia de gente muy inteligente, Dorian.

—Por favor, no me cuentes historias. Me han contado mil veces que mi bisabuelo Portis empezó con cien dólares y acabó construyendo la empresa petrolera más importante de Texas —murmuró Dorian, paseando por delante del escritorio.

Como única heredera de la fortuna de Chaco Oil, controlada por su abuela, conocía muy bien la propaganda.

—¿Y qué demonios quiere que haga, que me ponga a buscar petróleo en el parque?

Malcolm se puso a rebuscar entre sus papeles, disimulando una sonrisa.

—No tiene ninguna gracia.

—Creo que lo que tu abuela espera es que veas estos próximos noventa días como una experiencia interesante.

—Ya, claro. Interesantísima.

Se sentía insegura, algo muy poco habitual en una persona que siempre había sabido cuál era su sitio en el mundo. ¿Cómo iba a vivir sin el apoyo de su abuela? Su padre había muerto. Su madre… bueno, su madre solo lo era de nombre. La abuela Pru era lo único que tenía en el mundo.

—¿Mi abuela me odia?

—Tú sabes que no —contestó Malcolm—. Siempre te ha querido mucho.

—¿Está intentando castigarme?

Además de haber nacido en la familia Burrell, Dorian no había hecho nada para merecer las ventajas que acarreaba haber nacido entre algodones. Y ocultaba la sensación de no merecer lo que tenía en el sitio donde guardaba las cosas que no eran aceptables.

—Estoy seguro de que no quiere castigarte.

—¿Mi abuela está senil? Por favor, dime que no ha perdido la cabeza.

—No, claro que no. Prudence Channing Burrell es la mujer más sensata que conozco.

—Entonces, no entiendo nada. ¿Te dijo por qué quería convertir la vida de su única nieta en una pesadilla?

—En realidad, me dijo que si preguntabas debía contestarte con una sola palabra.

—¿Cuál? —preguntó Dorian.

—Cassandra —dijo Malcolm, reclinándose en el sillón.

¿Qué tenía que ver su madre en todo aquello? Pru y Cassandra habían estado envueltas en una amarga batalla legal. Desde la muerte de John Burrell, su padre, trece años antes, su viuda alegre mantenía una casa palaciega en Dallas, pero se pasaba el tiempo viajando de un lado a otro con sus riquísimas amigas. Lo último que Dorian sabía de ella era que estaba en Hyannis Port, intentando colarse en el clan de los Kennedy.

Cassandra Burrell siempre encargaba a otros las tareas desagradables: tenía jardinero, chófer, cocinero, secretaria y mayordomo. Habría alquilado un útero si no se hubiese quedado embarazada por accidente. Pero como lo de la maternidad no era lo suyo, contrató a un ejército de niñeras para hacer las cosas que ella encontraba aburridas.

Donan había aprendido desde muy pequeña a atormentar a sus niñeras. Todo con la tonta esperanza de que su madre le prestase un poco de atención. Sus pataletas eran legendarias. Si quería oír un cuento le ordenaba a una niñera que lo leyese, si quería una galleta a las cinco de la mañana, enviaba a la niñera a la cocina. Si tiraba la ropa por el suelo, esperaba que la criada volviese a colocarla en el armario.

Lo tenía todo. Pero lo único que no pudo conseguir fue lo único que realmente deseaba: el cariño de su madre. Y había abandonado la esperanza de conseguirlo.

—¿Desde cuándo me ha ayudado mi madre a algo?

—No creo que Pru se refiriese a pedirle ayuda. Creo que tu madre es, según tu abuela, una lección para ti.

—¿Cómo?

—Piénsalo.

Donan estaba pensando, pero no en la egoísta y desnaturalizada de su madre.

—¡Ya lo tengo! ¡Venderé el Mercedes y compraré algo más barato... un Lexus!

—¿El Mercedes está a tu nombre?

Ella dejó escapar un suspiro. No podía venderlo, estaba a nombre de su abuela.

—Pediré un préstamo que pagaré en septiembre.

—Quizá no lo he dejado claro del todo —dijo entonces Malcolm —. Tu abuela ha cerrado el grifo, por así decir. Todas tus tarjetas de crédito están canceladas. Y aunque pidieras un préstamo, ¿con qué lo ibas a avalar? No tienes nada a tu nombre.

—¿Por qué no? Soy una adulta responsable.

A los veintiséis años era legalmente una adulta. ¿Pero responsable? Dorian intentó recordar el nombre de una compañera de universidad. Llevaba ropa de segunda mano, iba a clase en bicicleta... pero tenía objetivos, un propósito en la vida. Era una adulta responsable a los diecinueve años.

Mallory Peterson.

Hacía siglos que no recordaba a su silenciosa compañera. Solo hablaron una vez, en la biblioteca, cuando le preguntó dónde podía encontrar un libro.

La madre de Mallory era camarera y su padre camionero, pero ella quería ser médico en un pueblo perdido de Texas. Además de haber conseguido una beca, cada mes recibía una asignación donada por el pueblo para que pudiese hacer realidad su sueño. Y cuando consiguiera el título de Medicina, se instalaría allí para devolver el favor.

Por el contrario, Dorian no había hecho nada en absoluto para merecer la vida que llevaba. Y consiguió entrar en la prestigiosa universidad gracias a las amistades de su abuela.

Aquella estudiante tan meritoria la hacía sentirse avergonzada de sí misma y, por lo tanto, Dorian se alejó, perdiendo la oportunidad de hacer amistad con una persona que podría haberle enseñado algo sobre la responsabilidad.

—Olvídate del préstamo. La influencia de Prudence es tan grande que ni un solo banco en todo Dallas te dará un céntimo.

—¿Mi abuela puede hacer eso?

Sabía que su abuela era poderosa, pero tanto... Empezaba a tener auténtico miedo. Y albergaba la sospecha de que, sin dinero, Dorian Burrell no era gran cosa.

—Pero puedes hacer algo —dijo Malcolm entonces.

—¿Qué? ¿Tirarme por el balcón?

—Podrías buscar trabajo. Dorian soltó una carcajada.

—¿Y qué clase de trabajo podría buscar yo?

—Estoy seguro de que encontrarás algo. Eres universitaria, ¿no?

—Sí, graduada en una universidad con un programa de becas que lleva el nombre de mi abuela. El decano fue tan amable que, en mi caso, olvidó el pequeño detalle de las notas. Además, la historia del arte no vale para nada.

—Pero habrás aprendido algo, ¿no?

—Sí, sé mucho de museos y de mitología. ¿Dónde crees que puedo buscar trabajo con eso?

¿Cómo podía estar en aquella situación?, se preguntó. Ella era una persona inteligente. Tenía dinero. ¿Por qué no había hecho algo interesante con su vida en lugar de ir de compras, comer con las amigas y salir de copas?

Pero no siempre había sido una persona sin objetivos. Una vez, en el internado, un profesor le dijo que sus poesías tenían mucho mérito. Y una noche, durante una de las raras cenas con su madre, la informó de que iba a ser profesora. Formar mentes jóvenes le parecía una tarea interesante.

Cassandra, por supuesto, lo encontró divertidísimo.

—Podrías buscar un trabajo de secretaria o de camarera —dijo Malcolm entonces.

Esa idea le produjo la misma repugnancia que cuando tenían que diseccionar ranas en el colegio.

—Ni muerta.

Durante toda su vida había tratado a camareras, recepcionistas y secretarias con tal desprecio que seguramente habrían formado un sindicato en su contra.

—No sé hacer nada, Malcolm. No tengo experiencia ni currículum. Si redactase un currículum solo podría poner «debutante».

Malcolm miró su Rolex de oro.

—Lo siento, Dorian, pero tengo una reunión en cinco minutos.

Ve a comer con tus amigas. Piensa qué vas a hacer y llámame más tarde.

—Lo haré... pero no puedo ir a comer. No tengo dinero.

Esas palabras sonaban tan raras en su boca como «no tengo nada que ponerme».

Malcolm sacó su cartera y le dio cuatro billetes de veinte dólares.

—No debería hacer esto. Pru me cortaría la cabeza si lo supiera, pero en fin... espero que puedas pagar la comida.

—Gracias —murmuró Dorian, guardando los billetes en el bolso de diseño.

Nunca se habíaa sentido tan agradecida por un gesto tan pequeño. ¿Qué podía hacer con ochenta dólares? Pagar una comida, llenar el tanque de gasolina, hacerse la manicura o adquirir un frasco de crema hidratante. Un frasco pequeño.

Solo una de esas cosas.

Y ella nunca había tenido que elegir.

Dorian salió al vestíbulo y se fijó en un hombre que estaba esperando. Se había levantado al verla, como por un resorte, y cuando sonrió vio que tenía arruguitas alrededor de los ojos azules.

Como ella estaba acostumbrada a la atención de los hombres, le lanzó una de sus miradas de «ni en sueños».

Pero él no parpadeó. Se quedó parado, con las manos a la espalda, mirándola directamente. Incluso la obligó a apartar la mirada. ¡Tendría cara! Ese neandertal no podía ser cliente de Malcolm. Él no sabría lo que era un administrador ni parecía tener mucho que administrar. Llevaba la palabra «peón» escrita en la cara. Dorian no sabía cómo lo habían dejado pasar.

Sin embargo, no parecía nervioso en absoluto.

Alto y fibroso, tenía la clase de músculos que un hombre desarrolla trabajando con sus propias manos. Y estaba segura de que ese bronceado no era de lámpara. Exudaba una masculinidad tan elemental que prácticamente lo oía sudar.

Y, sin embargo, se sentía— absurdamente atraída por él. Ridículo. Era su nueva situación, que la estaba volviendo loca. Necesitaba una sesión de aromaterapia para controlarse. Ella no podía sentirse atraída por alguien tan... inapropiado.

El absurdo objeto de su deseo llevaba vaqueros y una camisa

azul recién comprada. Y lo mejor de todo, un bigote tipo Magnum P.I. que había dejado de llevarse en los setenta. Llevaba el pelo como Mel Gibson en Arma letal, un poco largo y muy pasado de moda.

Por supuesto, llevaba botas vaqueras. Era de esperar. A ella le gustaban los mocasines italianos y los hombres que los llevaban, pero pilló a Tina mirándolo de arriba abajo mientras lo acompañaba al despacho de Malcolm.

Sí, era el tipo de hombre que haría soñar a una recepcionista. Todo pelo y hormonas.

Para cuando llegó al salón de té Venecia y besó al aire mientras saludaba a Tiggy Moffat, Dorian se. había olvidado del vaquero. Por primera vez en toda su vida, tenía auténticos problemas.

Tiggy era su mejor amiga desde el colegio y enseguida supo que allí pasaba algo.

—¿Qué te pasa?

—Hoy es el día más horrible de mi vida —suspiró Dorian, tomando la carta que le ofrecía el camarero—. Y solo son las dos de la tarde.

—¿Qué ha pasado? —insistió Tiggy.

Ella le contó la horrible historia de pe a pa mientras esperaban la comida. Incluso le contó que había tenido que aceptar el dinero de Malcolm, su administrador. Una humillación menor comparada con el desastre en que se había convertido su vida. Tiggy la entendía, pero tenía mucho menos dinero que ella y, como no era precisamente muy creativa, no le sirvió de ayuda.

—¿Algún problema con la ensalada de bacalao, señorita Burrell? —preguntó el camarero.

Sí, había un problema. Un serio problema. Que ella no quería ensalada. Había tenido que elegir lo más barato de la carta por si no le llegaban los ochenta dólares. Dorian perdió el apetito al pensar, por primera vez en su vida, que mucha gente no podía comer en un restaurante.

Recordó entonces a un hombre al que vieron sacando comida de un cubo de basura... Tiggy y ella se rieron y siguieron su camino como si tal cosa. ¿Por qué no le dieron dinero? ¿Por qué no intentaron ayudarlo?

—Es que no tengo hambre. Tráigame otra copa de vino, por

favor.

Si tuviera más dinero, pediría una botella. Normalmente no intentaba ahogar sus problemas en alcohol, pero quizá sería lo mejor.

—¿Quiere llevarse la ensalada a casa, señorita Burrell?

—Por supuesto que no —contestó ella. Entonces recordó su gigantesca nevera vacía. Y su despensa igualmente vacía—. Bueno, en realidad, no sería mala idea.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Tiggy.

—Comerme la ensalada para cenar, supongo. No querrás que me muera de hambre.

—Me refiero a qué vas a hacer para conseguir dinero.

—No lo sé. ¿Quieres comprarme alguna joya?

—No puedo —suspiró su amiga—. Últimamente ando bastante corta de fondos.

Dorian dejó escapar un suspiro.

—¿Qué voy a hacer?

—Una de las doncellas de mi madre se alimenta solo de sopa de fideos cuando llega final de mes. Tú podrías hacer lo mismo. Supongo que se pueden comprar muchos sobres—de sopa con ochenta dólares.

—Sí, quizá sería lo mejor. Esconderme en mi apartamento hasta que todo esto haya terminado.

—Qué horror. ¿Significa eso que no vendrás a Cozumel el fin de semana?

Dorian dejó escapar un gemido. Habían planeado un fin de semana en la pequeña isla mexicana con un montón de amigos. Y en lugar de tomar margaritas helados al borde del mar tendría que quedarse en casa viendo la televisión. Eso hizo que se preguntara por la lealtad de sus amigos. ¿Cómo se tomarían su presente estado de insolvencia? ¿La tratarían como ella había tratado al hombre del cubo de basura?

Iba a comentarlo con Tiggy, pero no se atrevió.

—¿Cómo voy a ir? —intentó bromear—. Ahora mismo no puedo ni tomar el metro.

En ese momento sonó su móvil. Era Malcolm.

—¿Qué pasa? ¿Mi abuela ha descubierto el engaño y quiere que te devuelva los ochenta dólares?

Pero no. Su administrador le dijo que tenía la solución a sus problemas.

—Lo dirás de broma —rio Dorian cuando Malcolm O'Neal le explicó su idea—. Ah, no, que tú no tienes sentido del humor. ¿De verdad crees que consideraría esa ridícula proposición?

Malcolm se negó a aceptar una negativa y le recordó su presente, y desesperada, situación económica. Y después dijo que la esperaba en el despacho.

—Tengo que irme —suspiró Dorian, guardando el móvil y la ensalada de bacalao en el bolso—. Toma veinte dólares...

—No, por favor. Pago yo —sonrió Tiggy—. Puede que necesites el dinero para algo importante.

—Gracias.

Le resultaba raro aceptar aquel «favor». ¿Los que aceptaban caridad se sentirían tan incómodos? Dorian era habitual de las galas benéficas, pero en realidad, nunca se había parado a pensar en las personas que recibían esos fondos.

—Espero que sean buenas noticias —digo Tiggy.

—Depende —suspiró ella. Caminaban por el vestíbulo del restaurante llamando la atención de los hombres, como era habitual —. Malcolm dice que tiene un trabajo para mí. ¿Te lo puedes creer?

—¡Un trabajo! ¿De qué?

—Aparentemente, a un paleto que vi en su despacho le ha tocado la lotería y necesita que alguien le enseñe un poco de cultura y buenas maneras. Como Henry Higgins y Eliza Doolittle, pero al revés.

—¿Qué?

—Mujer, la película My Fair Lady.

—Ah, claro. ¿Y piensa pagarte? —preguntó Tiggy.

—Eso parece. Quiere que alguien lo convierta en un ser refinado. Alguien que le compre la ropa adecuada, que elija una casa, que le enseñe a disfrutar de un buen vino, a entender la buena literatura...

—Pues yo creo que es un trabajo estupendo para ti.

—No, más bien para un hada madrina. Una pena que no tenga varita mágica. Malcolm dice que el tipo quiere convertirse en un auténtico «señor». Quiere entender cómo funciona la mente de un millonario y usar el dinero que ha ganado para ayudar a los demás.

—Qué noble —sonrió Tiggy, irónica—. Un filántropo, ¿no?

—Eso parece —suspiró Dorian, preguntándose qué jugarreta del destino había convertido a una mujer rica en pobre y a un pobre en millonario. La vida no era justa.

—¿Vas a aceptar el trabajo?

—No lo sé.

—Deberías hacerlo. Igual te ríes.

—Reírme no sería precisamente la motivación en este momento. Hada madrina o no, si un paleto quiere gastarse su dinero con alguien, que sea conmigo. Además, si hay que enseñarle la diferencia entre un cuchillo de pescado y un tenedor para caracoles, ¿quién mejor que Dorian Burrell?

—¡Bien dicho! —río Tiggy—. Por cierto, ¿cuándo dinero le ha tocado?

Dorian dejó escapar un suspiro. Esa era la mayor ironía.

—Cincuenta millones de dólares.

CAPÍTULO 2

BRINY Tucker levantó la mirada de la revista que no podía leer porque estaba demasiado nervioso. La recepcionista estaba mirándolo. Otra vez. La chica sonrió y él le sonrió también, pero esas miradas de cordero degollado lo estaban sacando de quicio.

Secándose el sudor de las manos en los vaqueros, volvió a mirar hacia la puerta del despacho de Malcolm O'Neal. ¿Por qué tardaba tanto en recibirlo?

La recepcionista lo había obligado a tomar un café y a hablar del tiempo. Y le había pasado su número de teléfono en una tarjetita, aunque Briny no tenía ninguna intención de llamarla.

Sí, desde luego necesitaba que alguien le enseñase a portarse como un caballero.

Briny se tiró del bigote e hizo una bomba de chicle. En circunstancias normales, se sentiría halagado por la atención de una mujer, pero aquella Tina, con el vestido de seda y las uñas largas, no era su estilo. Él salía con chicas que llevaban vaqueros y seguramente Tina saldría con hombres que llevaban traje de chaqueta y sabían cómo usar cada tenedor.

Entonces, por primera vez en su vida, se preguntó si la recepcionista estaría interesada en él o en su dinero.

¿Dinero? Pensar que era millonario... todavía le resultaba increíble. Había tenido que practicar delante del espejo del hotel la noche anterior para poder pronunciar esas palabras sin que le diera la risa.

Lo que le había pasado no parecía real. Briny Tucker, millonario. Multimillonario, en realidad. Y todo porque, al fin, habían salido sus seis números.

Pero ser rico no era tan divertido como podía parecer. Por eso preguntó quién era el administrador de su jefa. Alguien que podía manejar el dinero de Prudente Burrell podría manejar el suyo. La obligación moral de hacer algo bueno con ese dinero no lo dejaba dormir. Por eso estaba allí. Tenía mucho que aprender antes de aceptar la responsabilidad que había recaído sobre sus hombros.

Briny volvió a mirar la puerta del despacho. Su futuro administrador le había pedido unos minutos a solas para hablar con

la señorita Burrell sobre el puesto de trabajo. ¿Por qué tardaba tanto?

Quizá estaba perdiendo el tiempo, se dijo. Dorian Burrell era la heredera de Chaco Oil y, después de haberla visto, estaba seguro de que aquella princesa no aceptaría el puesto. La rubia, fría y rica heredera podría enseñarle todo lo que había que saber para codearse con la mejor sociedad de Dallas, pero seguramente se reiría de su pretensión.

Al verlo en el vestíbulo lo miró de arriba abajo como si fuera algo que se le había quedado pegado en el zapato.

Briny no sabía mucho sobre relaciones sociales, pero estaba seguro de que el desprecio no lo ayudaría a conseguir lo que quería. Un tutor debía aumentar su confianza, no dejarlo hecho polvo.

—Si tienes una idea mejor, dímela —suspiró Malcolm O'Neal, reclinándose en su ergonómico asiento—. Este trabajo no solo es un golpe de suerte, es un milagro, Dorian. Probablemente, debería notificárselo al Vaticano.

—Muy simpático —murmuró ella—. Me alegro de que mi desgracia te parezca tan divertida.

—Dorian, como tu administrador, te recomiendo que aceptes el trabajo. No creo que nadie vaya a ofrecer por tus servicios ni el diez por ciento de lo que ofrece mi cliente. Y tampoco creo que vayas a encontrar un trabajo acorde con tus... habilidades.

—Gracias por la confianza, Malcolm.

Pero Dorian sabía que tenía razón. Treinta mil dólares era mucho dinero por tres meses de trabajo. ¿De qué se preocupaba? Podía hacerlo con los ojos cerrados. Malcolm le había dicho que no tendría que enseñarle absolutamente todo al nuevo rico. Solo debía concentrarse en protocolo, etiqueta, cultura general, apariencia y relaciones sociales. Por lo visto, el objetivo de Briny Tucker era codearse con la mejor sociedad de Dallas.

Briny. ¿Qué clase de nombre era ese?

—Pero yo seré la jefa, ¿no?

Si no era así, no quería tener nada que ver con aquel episodio de Arriba y abajo.

—Por supuesto. El señor Tucker ha aceptado que tú tomarás las

decisiones sobre todo lo que se refiere a su... aprendizaje.

—¿Tengo que firmar algo?

—Un contrato —contestó Malcolm, mostrándole un papel—. Me he tomado la libertad de pedir que lo redactasen antes de que llegaras.

—Estás muy seguro de ti mismo, ¿no?

—Como he dicho, si tienes una idea mejor...

—No sé...

Lo de firmar un contrato no le hacía ninguna gracia. Un contrato sonaba a algo oficial, vinculante, obligatorio.

—Tres meses no es tanto tiempo —insistió Malcolm.

—¿Ese tal Tucker está dispuesto a pagar treinta mil dólares sin discutir?

—Por supuesto.

Se sentía tentada. Los ochenta dólares que llevaba en el bolso no le durarían ni cinco minutos. Era una solución estupenda para aquel problema tan inesperado. Y mucho mejor que vender hamburguesas.

El mandilito le quedaría fatal.

—Y está dispuesto a pagar un mes por adelantado. Como su administrador, estoy autorizado a ofrecerte el cheque hoy mismo.

—¿Ah, sí?

Dorian empezaba a oler una trampa. Debería quitarse sus zapatos de Salvatore Ferragamo y salir corriendo. Tenía que estar loca. ¿Por qué si no empezaba a considerar la idea de firmar ese contrato? Precisamente con aquel hombre, cuya presencia física la había puesto inusualmente nerviosa las dos veces que lo vio en el vestíbulo.

—Es un hombre intrigante, pero ingenuo —siguió Malcolm—. Te gustará... si le das una oportunidad. Y creo que Pru estaría de acuerdo; esta podría ser una experiencia interesante para ti. Tu abuela se quedará sorprendida cuando vea que has salido de esta difícil situación gracias a tus propios recursos.

Cualquier cosa para volver a conseguir el favor de su abuela.

—Muy bien, firmaré.

Sin molestarse en leer la letra pequeña, Dorian firmó el contrato antes de que el miedo la hiciera cambiar de opinión. Y guardó el cheque en el bolso antes de que Malcolm pudiera cambiar de

opinión.

Una experiencia interesante... ¡ja! No estaba segura de poder perdonar a su abuela por colocarla en una posición tan humillante.

—Excelente —dijo el administrador, pulsando un botón del teléfono—. Tina, dile al señor Tucker que entre, por favor.

Dorian dejó escapar un suspiro.

—Por favor, dime dónde guardas el kalium.

Cinco minutos en compañía de Briny Tucker le confirmaron que tres meses no serían suficientes para pulir al eslabón perdido y convertirlo en algo remotamente parecido a un señor. Había esperado que fuese un poco... palurdo. Pero era más que eso, era un salvaje que no dejaba de mascar chicle y afirmaba sin vergüenza alguna que estudiaba a los «ricos» viendo episodios de la serie Dallas.

Dorian observó al nuevo millonario.

—Dado el problema de tiempo y el corriente estado de la tecnología, una reconstrucción molecular sería imposible. De modo que, para conseguir resultados positivos, el proceso de transformación deberá ser muy intenso.

—Lo que usted diga, señorita. Como le dije al señor O'Neal, usted es la jefa.

Dorian sugirió que su alumno dejase el hotel en el que estaba alojado y se mudase a su apartamento.

—Al menos hasta que encuentre una casa adecuada para usted.

—No sé, señorita... —Tucker, que tenía voz de barítono, tenía también un terrible acento sureño—. No creo que eso esté bien. Vivir con usted... no quiero molestar.

Un profesor de fonética lo libraría de ese acento en un par de meses, pensó Dorian. Una de las primeras cosas que aprendió en su sofisticado colegio de Connecticut era la relación inversa entre los acentos regionales y el coeficiente intelectual.

Cuanto más fuerte el acento, menos inteligente te perciben los demás.

—No sea tonto. Necesitamos una base de operaciones y prefiero tenerlo cerca. No puedo prometerle resultados si no está inmerso por completo en su nuevo estilo de vida.

—Pero...

—Mi dúplex es muy grande y hay cuatro dormitorios. Le aseguro

que no me molestará.

—En fin. Entiendo lo que dice, señorita, pero compartir casa no me parece apropiado.

—No lo piense más. Juro no comprometerlo en forma alguna —replicó ella con su tono más frío.

—No estoy preocupado por eso, señorita. Yo estaba pensando en su reputación.

¿Su reputación? Qué galante... y qué provinciano. ¿Quién pensaba en la reputación de nadie en el siglo XXI?

—Si al señor O'Neal le parece bien...

—La señorita Burrell es sincera al decir que no tiene usted nada de qué preocuparse.

—En fin, como usted quiera —suspiró Briny—. En realidad, es un alivio. El hotel es muy caro y a Reba no le gusta.

—¿Reba? —repitió Dorian. Malcolm había olvidado mencionar que el palurdo había llevado una palurda consigo—. ¿Su mujer?

—Mi perra. Llevamos juntos tantos años que no podía dejarla sola en Slapdown.

—Qué conmovedor.

Debía haber dado muy buenas propinas para que dejasen entrar un perro en el Fairmont. Pero no sabía qué era más confuso, su lealtad a la perra o que hubiera pagado dinero para que la dejasen entrar en el hotel.

Quizá el tal Briny Tucker era máss de lo que se veía a primera vista.

Bueno, claro que era más... cincuenta millones de dólares más.

Donan le dio su dirección y Tucker prometió estar en su apartamento a las diez de la mañana para empezar las clases. Cuando le ofreció su mano, el antiguo peón la apretó como si quisiera sacarle jugo... y Dorian sintió una especie de descarga eléctrica.

—Le agradezco mucho que haga esto por mí, señorita Burrell. Necesito ayuda y con una dama como usted... bueno, sé que estudiaré con la mejor.

—Intentaré serle de ayuda, señor Tucker.

Dorian quería apartar la mano, pero se sentía atrapada. No solo por sus manazas, sino por aquella mirada azul que parecía estar leyéndola por dentro.

—Verá, yo gané ese dinero por una razón —siguió él—. Es un regalo del Cielo y debo hacer algo importante con él, algo para ayudar a los demás.

—¿No me diga?

—Claro. ¿Para qué es bueno el dinero si no puedes hacer algo bueno con él?

¿Estaba de broma? 0 era el mentiroso más grande del mundo o el hombre más bueno que había conocido nunca.

—¿Quién dijo eso?

—Yo —contestó Briny—. Hice la promesa de que, si algún día me tocaba la lotería, usaría el dinero para ayudar a los más necesitados.

—¿Y a quién se lo prometió? —preguntó Dorian. En realidad, no le interesaba la respuesta, lo que quería era respirar. ¿Quién había robado todo el aire de la habitación?

Entonces Tucker sonrió y ella sintió un escalofrío. Tenía la sonrisa más sincera, más franca que había visto en su vida... exceptuando un coro de querubines.

—Me lo prometí a mí mismo. Y a él —dijo Briny Tucker, levantando la mirada.

—Y usted cree que una promesa es una promesa, ¿no?

En su experiencia, las promesas se hacían para romperlas cuando cumplirlas era difícil o inconveniente. ¿Durante cuánto tiempo había creído las promesas de su madre hasta darse cuenta de que no eran más que palabras vacías?

—Sí, claro. Bueno, no sabe cómo me alegro de que me entienda, señorita Burrell.

¿Lo entendía? ¿Aquel hombre era un simple o escondía algo? ¿Pretendería engañarlos a todos?

—No sé si le entiendo, la verdad.

—No quiero ser otro paleto con un Mercedes, señorita Burrell. Un hombre así solo es un payaso y siempre habrá un listo que se aproveche de él.

—¿Qué es lo que quiere entonces, señor Tucker?

Él la miró a los ojos durante largo rato, su dulce expresión derritiendo un poco el hielo que Dorian había alojado en su corazón como escudo para protegerse.

—Quiero que la gente rica y poderosa me respete. Es la única

forma de conseguir lo que deseo. Sé que debo ganarme su respeto y por eso la contrato a usted.

—Ya —murmuró Dorian.

—Sé lo que quiero, pero usted tiene que enseñarme cómo hacer el papel para que la gente me crea.

—Esa es una ambición admirable —replicó Dorian, soltando su mano por fin y, por fin, recuperando un poco la compostura.

Allí pasaba algo muy raro. Y tendría que controlarse cada vez que estuviera con el tal Tucker.

—Muy bien. Nos veremos mañana.

—Allí estaré, señorita Burrell. A las diez en punto.

Entonces sonrió de nuevo y esa sonrisa se le coló en el corazón. Definitivamente, el tal Briny Tucker era un tipo muy intrigante. No se parecía a ningún otro hombre que ella hubiera conocido.

Era la sinceridad personificada. No había nada falso en él. Cuando salió del despacho, Dorian cerró la puerta y se apoyó en ella.

Que Dios la ayudase. Briny Tucker, el único millonario de Slapdown, Texas, era un hombre de los pies a la cabeza.

Y ella tenía que cambiarlo.

El timbre sonó cuando Dorian salía de la ducha. Estupendo. Solo los palurdos de Slapdown llegaban a su hora. Irritada, se puso una toalla en el pelo y un albornoz de seda azul zafiro para abrir la puerta.

—Primera clase. No llegar nunca a la hora prevista. Es de mala educación.

¿Ah, sí?

Dorian lo miró de arriba abajo y luego miró a...

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre?

—Dijo usted que tenía una mascota —exclamó ella, señalando con el dedo una masa de pelo, orejas y ojos caídos—. ¿Eso es un perro?

—Sí, señorita —contestó Briny, quitándose el sombrero.

Su evidente incomodidad al verla con las piernas al aire hizo que Dorian se cerrase el escote del albornoz.

—¿Está seguro?

—Señorita Burrell, le presento a Reba. Es el sabueso más majo de Texas. Era la mejor perdiguera de la zona hasta que perdió la nariz.

Ella miró al supuesto perro y el rastro de saliva que estaba dejando en su alfombra de cien dólares por metro.

—Esa bestia no puede vivir aquí —replicó, poniéndose en medio, por si acaso el dúo intentaba entrar por la fuerza. Aunque la tal Reba no parecía dispuesta a hacer absolutamente nada por la fuerza—. Hay perreras para eso.

Briny se inclinó para acariciar la cabeza del animal y la perra lo miró, con sus ojos enrojecidos.

—No puedo hacer eso, señorita. No puedo dejar a Reba con extraños. Entiendo que a usted no le gusten los animales, pero mi perra y yo somos un equipo. Venga Reba, nos vamos al hotel —dijo él entonces, tomando su anciana maleta.

—¡Un momento!

Lamentaría haberle ofrecido refugio temporal a aquel inaudito par, pero no quería que Tucker pensara que estaba rompiendo una promesa.

—No se hará pis en la casa, ¿verdad?

—Claro que no. Reba está entrenada. Y es tan silenciosa como un ratón. Es vieja, así que casi siempre está durmiendo. Ni se enterará de que está por aquí.

—Ya veremos —murmuró Dorian—. Huele mal.

—La verdad es que le vendría bien un baño. Nada como un baño de espuma para que una chica se sienta guapa, ¿eh?

—Muy bien. Pueden quedarse, señor Tucker —suspiró ella—. No quiero interponerme entre su perra y usted.

Tucker dio un paso adelante.

—No me acostumbro a lo de «señor Tucker»... ¿podría llamarme «Briny»?

Dorian arrugó la nariz.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque Briny no es un nombre aceptable.

—¿Qué quiere decir? —preguntó él,

Dorian dio un paso atrás. Aquel hombre tenía la manía de

acercarse demasiado.

—Briny no es un nombre apropiado para un hombre de su posición. `Es un buen nombre para un niño o para el payaso que usted mencionaba ayer. Pero no para un hombre de negocios.

La expresión de Briny Tucker podría compararse con la de un cachorro herido. A Dorian se le hizo un nudo en la garganta, pero no estaba acostumbrada a pedir disculpas. Y, sin embargo, sentía como si le hubiera dado una patada en las costillas.

Pero eso era ridículo. Su trabajo consistía en hablarle con sinceridad, aunque lo molestase.

—Briny es un nombre de dibujos animados. No quiero ofenderlo, pero así es. ¿Lo entiende?

—No.

—Si no tiene otro nombre, podríamos inventarlo.

—Qué curioso. Siempre había pensado que las acciones de un hombre son más importantes que cómo se llame.

—El nombre es la primera impresión, señor Tucker. Y usted quiere dar una buena impresión, ¿no? Briny asintió con la cabeza.

—Mi madre me puso Brindon Zachary Tucker.

—Ah.

—Pero nadie me ha llamado así desde que ella murió.

—Brindon —murmuró Dorian, repitiéndolo varias veces hasta que lo vio en la primera página del Dallas Morning News—. Brindon Z. Tucker. Sí, suena bien. Dígale adiós a Briny. A partir de ahora, lo llamaré Brindon.

Él se encogió de hombros.

—Es usted la que tiene experiencia con los ricos. Como le pago un buen dinero para que me ayude, no pienso discutir.

—Así nos llevaremos bien.

—¿Yo puedo llamarla Dori?

—¡No!

—¿Nadie la ha llamado nunca así?

—Nadie.

—¿Ni siquiera su madre?

—Especialmente mi madre. Siéntese y póngase cómodo —dijo Dorian entonces. Reba pareció entenderla y se dejó caer a los pies de su amo—. Llamaré a la peluquería canina para ver si pueden hacer algo con... esto.

—Tiene usted un apartamento muy bonito —murmuró Brindon, mirando alrededor.

—Gracias.

Efectivamente, su dúplex era precioso, decorado al estilo francés de primeros de siglo. Y Brindon parecía más masculino allí, rodeado de porcelana azul y sofás tapizados en terciopelo, que en el despacho de Malcolm.

—¿Qué vamos a hacer hoy?

—Para empezar, iremos a Neiman Marcus a comprar algo de ropa.

—Lo que usted diga.

Donan miró entonces sus largas y poderosas piernas... y su trasero. Debía reconocer que el palurdo tenía un cuerpazo de modelo.

—Pediré cita con un sastre esta semana. Necesita trajes de chaqueta y un esmoquin o dos.

—¿Dos?

—Necesita al menos uno negro y otro gris. Supongo que no habrá mucho en su armario, ¿no?

—Una chaqueta de pana negra. Y solo la uso para los funerales.

—Ya, claro —suspiró Dorian.

Tenía un cuerpo perfecto para llevar traje. Y cuando hubiese acabado con él, las mujeres ricas y aburridas de Dallas se lo rifarían.

Una idea que encontró particularmente irritante.

—No necesito ropa hecha a medida. ¿No podemos ir a unos grandes almacenes y comprar algo?

Ella observó los vaqueros, gastados donde debían estarlo, y la camiseta blanca. Si se sentía cómodo con aquella ropa, ¿quién era ella para hacerlo cambiar? Ah, sí. Su carísima consejera de imagen.

—Lección número dos: la ropa hace al hombre. Puede que esté acostumbrado a comprar ropa en unos grandes almacenes, pero los millonarios se hacen la ropa a medida o la compran de diseño.

Brindon clavó en ella sus focos... sus ojos azules.

—¿Está diciendo que si llevo la ropa adecuada la gente me tomará en serio?

—Exactamente.

—Lo que usted diga —sonrió él, mirándola con la cara ladeada, como un cocker spaniel.

En ese momento, Dorian deseó haberse puesto un albornoz más grueso. Tenía la impresión de que Brindon Tucker podía ver lo que había debajo de aquella cosita de seda.

—¿Y qué más tiene preparado para mí? —preguntó él entonces.

¿Cómo podía un hombre parecer tan inocente y tan provocativo al mismo tiempo?

0 quizá había imaginado lo de provocativo. Donan se puso nerviosa. Acababa de imaginar que se llevaba a Brindon Z. Tucker a su cama y le hacía de todo sobre las sábanas de algodón egipcio.

Repetidamente.

¿De dónde había salido eso? Era ridículo. Nada ni nadie la había excitado en mucho tiempo.

—Tiene planes para mí, ¿no?

Aquella pregunta interrumpió sus lujuriosos pensamientos.

—Iremos de compras y después pasaremos por Emilio's.

Había llamado el día anterior para alertar a los empleados de su llegada. Les llevaba un reto, un cliente que pondría a prueba sus habilidades.

—¿Qué es Emilio's, un restaurante mexicano? —preguntó Tucker entonces, dejándose caer sobre el sofá—. Porque me apetecen unas enchiladas rellenas.

Ella dejó escapar un suspiro. ¿En qué lío se había metido? ¿Cómo iba a sobrevivir noventa días con aquel cavernícola?

—Lo siento, pero Emilio's no es un restaurante.

—¿Y qué es?

—Un spa.

—¿Un qué?

—Una sorpresa —contestó Dorian—. Bueno, voy a cambiarme. Enseguida vuelvo.

¿Cómo podía explicarle lo que era un spa a un inocente como Tucker? Pensaba que iba a resultarle difícil convencerlo para que se dejase hacer la manicura... Pero justificar la transformación de un hombre raro y honesto en un rico y relamido playboy era aún más difícil.

Evidentemente, cuando firmó el contrato había subestimado las consecuencias.

Para los dos.

CAPÍTULO 3

EMILIO'S no era un restaurante. El elegante cartel de la puerta decía: Spa y Retiro Urbano. Briny no sabía muy bien lo que significaba eso, pero tenía la impresión de que no iba a gustarle nada.

Pero ¿qué sabía él? Dorian era la experta en esas materias. Como en la tienda de aquel diseñador italiano donde, como si fuera un huracán, iba eligiendo dos chaquetas aquí, tres pantalones allá, cinco camisas acullá y los dependientes tenían que correr para seguirla.

Briny no sabía que ir de compras se pareciese tanto a un evento olímpico. De modo que la siguió al interior del spa, cargado de bolsas con ropa que él jamás se habría comprado. Intentaba no quedarse boquiabierto, pero aquel sitio era una maravilla de cristal y acero. Había tantas plantas que parecía una jungla y podía oír el canto de los pájaros... que salía de unos altavoces escondidos.

—¿Qué es esto?

Donan no se molestó en hablar con la recepcionista. Entró en un largo pasillo y Briny la siguió, lo que le daba una oportunidad de admirar el movimiento de su trasero.

—Esta es la primera parada en su búsqueda del hombre nuevo.

—Ah.

¿Hombre nuevo? Él no era idiota. Sabía lo que era y lo que quería. No solo eso, normalmente también sabía lo que querían los demás. Crecer en un orfanato para «chicos con problemas» había afinado su habilidad para conocer a la gente.

Pero aquella vez su instinto le falló. No entendía a Dorian Burrell. ¿Quién era en realidad? ¿Y qué quería, además de los treinta mil dólares? Perplejo, observó a la heredera de Chaco Oil caminar por el pasillo como si fuera una pasarela de París. ¿Esa seguridad en sí misma la daba el dinero? Quería creerlo, pero sabía que solo por haber nacido en la familia Burrell, Dorian disfrutaba de privilegios que él no podría disfrutar nunca, por mucho dinero que tuviese en el banco.

Cuando llegó a su apartamento la vio tan alta y tan bonita como un girasol. No parecía tan distante con aquel albornoz y la toalla en

la cabeza...

Pero no debía pensar en ella como mujer. El suyo era un acuerdo comercial. Además, Dorian Burrell era una princesa y nunca querría saber nada de él. Aunque, por un momento, quiso creer que era una chica normal, llamada Dori, una chica a la que un hombre llamado Briny podría gustarle.

Pero esa ilusión se rompió en cuanto salió de su cuarto con la armadura puesta. El girasol había desaparecido, siendo reemplazado por una sofisticada orquídea que podía ser admirada... desde lejos.

El traje de color blanco, los pendientes de diamantes... incluso los tacones eran lo suficientemente afilados como para romper el corazón de un hombre.

—Esto es una peluquería, ¿no?

Con columnas de mármol blanco y suelos del mismo color, Emilio's no se parecía nada a la peluquería de Dixie, en Slapdown.

—No es una peluquería, es un spa. Un spa es un oasis de relajación y tranquilidad donde el cuerpo y el espíritu encuentran sosiego.

—Ah, ya veo. ¿Y para qué sirve?

Dorian dejó escapar un suspiro.

—Es como un salón de belleza.

Briny estaba cada vez más confuso. Habían dejado a Reba en la peluquería canina, en la que los animales corrían encima de una cinta, veían vídeos de ardillas y comían helados.

La pobre Reba estaba tan fuera de lugar en ese sitio como él en aquel salón de belleza.

—Un momento. Ya me he duchado esta mañana.

Estaba dispuesto a hacer lo que Dorian Burrell le dijese, pero un hombre tiene que poner el límite en algún sitio.

—¿Cómo?

—No creo que yo tenga nada que hacer aquí.

—Claro que sí —replicó ella, deteniéndose—. ¿Usted sabe lo que me ha costado que lo recibiesen hoy?

Briny soltó las bolsas y se cruzó de brazos.

—¿Le importaría decirme qué hemos venido a hacer aquí?

Dorian Burrell se acercó, con su metro setenta y ocho, mirándolo como si fuera un niño rebelde.

—Después de dejarlo,en las capaces manos del propio Emilio, tengo que irme a una exposición. Pero volveré a tiempo para llevarlo a cenar.

—¿Y la comida? En Slapdown comemos tres veces al día.

—Aquí le servirán algo, no se preocupe.

—¿Cuándo?

—Entre tratamiento y tratamiento.

—¿Qué es eso de tratamientos? Yo no estoy enfermo —protestó Briny.

La ordinariez no era una enfermedad en Slapdown, pero quizá lo era en Dallas. Y Dorian parecía pensar que lo suyo era contagioso.

Antes de que ella pudiera contestar, apareció un hombre con camisa de leopardo y pantalones de cuero negro. Llevaba dos pendientes de oro en cada oreja y se llevó la mano al corazón al ver a Donan.

—¡Cariño, qué alegría verte! —sonrió el desconocido, besando al aire—. ¿Y qué tenemos aquí? Oh, cielos, tú eres completamente nuevo, ¿no?

—Emilio, te presento a Brindon Z. Tucker, el... caballero del que te hablé. Brindon, Emilio es el mejor esteticista del mundo y me ha prometido darte una nueva imagen.

El tal Emilio no parecía un barbero.

—Encantado.

—El placer es enteramente mío.

Briny miró a Dorian entonces. Se había pasado años intentando convertir a un crío de rodillas despellejadas al que no quería nadie en un hombre de bien. Y pensaba haber hecho un buen trabajo, pero la mujer que había contratado para ayudarlo a codearse con los ricos de Dallas parecía encontrarle pegas de todo tipo.

Su trabajo era enseñarle cómo se portan los ricos, no cambiarlo de arriba abajo. Había tolerado que rechazase su nombre, pero contratar a aquel mariquita para que lo convirtiese en otra persona era demasiado.

—¿Qué le pasa a mi imagen?

—Nada. Si quiere hacer un anuncio de Marlboro.

Emilio lo miró de arriba abajo.

—Dorian, qué razón tenías. Esto no va a ser nada fácil, pero tiene tantas posibilidades...

—Mira, tengo prisa. Haz lo que puedas —dijo ella.

—¿Tienes en mente alguna imagen en particular?

—Sí —contestó Dorian—. Rico.

—¿Y peligroso? —rio Emilio.

—Más bien refinado. Dinero de familia. Si consigues eso, eres un mago.

—¡Un momento! —exclamó Briny entonces—. ¿Yo no tengo nada que decir?

—No —contestó ella, tan fresca.

—¿Acaba de decir que no?

Donan miró su reloj.

—Eso es, señor Tucker, he dicho que no. Habrá oído esa palabra alguna vez, espero. ¿0 es que las mujeres de Slapdown siempre le dicen que sí, mientras se derriten a sus pies?

—Nunca he tenido que derretir a nadie. Si están conmigo es porque quieren.

—Mire, señor Tucker, yo estoy dispuesta a hacer mi trabajo. ¿Está usted dispuesto a dejar que lo haga?

—Sí, pero no veo…

—Me contrató para enseñarle a nadar en aguas profundas. Y no puedo enseñarle si no se pone el salvavidas.

Briny sacudió la cabeza, asombrado.

—¿De qué está hablando?

—Todo tuyo, Emilio —dijo Dorian entonces—. Y suerte. Te dejo una mochila de cuero y espero encontrar un bolso de seda.

—En Slapdown hace más falta una mochila de cuero —replicó Briny.

—Pero esto no es Slapdown.

Tucker estaba a punto de preguntar qué iban a hacerle, pero no tuvo oportunidad.

—Tus deseos son órdenes para mí, Dorian —sonrió Emilio.

Ella miró su reloj.

—¡Jo! Ya llego tarde. Por favor, hazle el tratamiento completo, desde las uñas de los pies a la cabeza —dijo entonces, tomando las bolsas del suelo—. Aquí está su ropa. Volveré a las ocho y media. Ciao.

—No pensará dejarme aquí, ¿no? —protestó Briny.

—Deje de lloriquear.

—Yo no lloriqueo.

Sus miradas se encontraron por un momento y la expresión de Dorian se suavizó. A Briny le pareció ver un brillo de compasión en sus ojos oscuros, pero desapareció inmediatamente. Por primera vez desde que se conocieron el día anterior, lo había mirado como si fuera una persona, no un proyecto.

Pero ella apartó la mirada para volver a esconderse tras su armadura.

—Tengo que marcharme a la exposición, lo siento. Los Burrell siempre han apoyado el arte.

Briny hubiera deseado tener un chicle. 0 una cerveza. Algo con lo que pudiera aliviar la tensión.

—En fin, si tiene que mantener el honor familiar... me quedaré solo.

Lo cual no era nada nuevo. Llevaba solo desde los siete años.

—He pedido el tratamiento VIP. Normalmente hay que reservar con una semana de antelación, pero Emilio ha sido un cielo.

—Por ti cualquier cosa, cariño.

—Tengo que irme, Emilio. Por favor, cuida del señor Tucker.

—Por supuesto, querida.

Briny la observó alejarse por el pasillo, sus tacones de aguja repiqueteando sobre el suelo de mármol.

Dorian Burrell era diferente de las mujeres que él conocía. Por fuera podía parecer fría, pero había una atractiva suavidad tras esa fachada de calculada indiferencia. Y la mayoría de la gente no sería capaz de ver la vulnerabilidad que tan desesperadamente ella trataba de proteger.

—Ah, Emilio, no olvides darle de comer. Y córtale el pelo —dijo Dorian entonces, volviéndose—. Y quítale el bigote, por favor.

Briny se tocó protectoramente el mostacho. Emilio, que llevaba la cabeza completamente afeitada, podría entender mal lo de «cortar el pelo», pensó entonces.

—Me gusta mi pelo, amigo.

—Eso ya lo veo —sonrió el esteticista, tomándolo del brazo—. Ah, buenos músculos. Qué bien.

Lo llevó hasta una sala llena de plantas tropicales en la que había una mesa de masajes y, una vez dentro, se volvió con las manos en las caderas.

—¿Qué tal si nos quitamos la ropa?

Tres horas más tarde, cubierto solo con una toalla, Briny salía de la sauna escoltado por una chica llamada Sydney que iba a hacerle el siguiente tratamiento. El anterior, previo a la sauna, había sido una tortura llamada masaje shiatsu.

Después de cincuenta minutos soportando una cura de aromaterapia y un masaje con aceites de todo tipo, otra señora le había puesto una pasta hecha de aceite de jojoba, polvo de arroz, sándalo y canela…

Debía de parecer un pastel de metro noventa, pensó Briny.

Después de más duchas y más masajes, le pusieron un albornoz de terciopelo, como si fuera la reina de Saba, y lo llevaron a una terraza para almorzar. Al menos, así era como lo llamaban. Pero Briny no estaba seguro de que una ensalada de arúgula con piñones y pasas de Corinto aliñada con aceite de oliva virgen fuese un almuerzo.

—Creo que le va a gustar la terapia de piedras, señor Tucker —sonrió la masajista—. ¿Se la han hecho alguna vez?

—Me temo que no —suspiró él.

Esperaba que Dorian tuviese una buena razón para haberlo dejado en manos de Emilio y su corte de torturadores. Parecía creer que ese tratamiento era crucial para su educación. Quizá pensaba que podrían relacionarse mejor si se parecía a los hombres con los que ella solía salir. Hombres con albornoces de terciopelo que disfrutaban haciéndose un peeling de aguacate.

Y haría lo que fuera para conectar con ella. No le gustaba nada que lo manoseasen, pero tendría que soportarlo.

—Primero le daré un masaje en los pies con aceites esenciales —le explicó Sydney—. Y después insertaré piedras calientes entre sus dedos y lo dejaré descansar un rato con música clásica.

—Perdone que se lo diga, señorita, pero eso de las piedras calientes no suena nada tranquilizador.

—Le garantizo que le gustará.

Briny dejó escapar un suspiro. Nunca se acostumbraría a ser rico. Cuando era pobre, llevaba botas de cuero para no pisar las piedras y después de ganar cincuenta millones de dólares… en fin, qué ironías.

—Lo que usted diga.

Sydney miró su agenda.

—Después de esto tiene un masaje de algas, una exfoliación, pedicura y manicura. Luego, una de nuestras esteticistas le hará una mascarilla hidratante. Y por último, Emilio.

—Mira qué bien. No voy a perderme nada.

Un día en un spa era evidentemente algo que solo las mujeres con mucho dinero y mucho tiempo libre podían disfrutar. Aparte de Emilio, el resto de las personas que había allí eran todas mujeres. Si sus amigos de Slapdown supieran cómo había pasado el día no podría soportar la vergüenza.

Sorprendentemente, cuando Sydney le puso las piedras calientes entre los dedos, no le dolió. Todo lo contrario.

—Cierre los ojos —murmuró Sydney. Briny obedeció y ella le puso unas bolsitas de algo caliente—. Relájese y escuche la música.

Se sentía ridículo con piedras entre los dedos y bolsitas de té en los ojos. No podía entender cómo un masaje o una limpieza de cutis podrían convertirlo en un hombre mejor. No quería discutir con Dorian, pero una persona rica de familia no podía ver las cosas igual que alguien que ha recibido cincuenta millones caídos del Cielo.

Esperaba que haber confiado en ella no fuese un error. O'Neal le había asegurado que era la persona ideal, pero en realidad lo único que le importó fue que una chica tan guapa estuviese dispuesta a firmar un contrato para pasar tiempo con él. En otras circunstancias, Dorian Burrell no le habría dado ni la hora.

Brindon Z. Tucker, multimillonario, podría moverse en los mismos círculos que ella, pero aún le quedaba mucho camino por recorrer.

Durante la cena le recordaría que su objetivo era adquirir los conocimientos y la seguridad necesarios para no quedar en ridículo... no conseguir una piel más suave.

Pero aún le quedaban un par de horas. Además, no podía irse a ninguna parte porque no sabía dónde estaba su ropa.

—Relájese, señor Tucker. Sienta la música.

Ya, claro. Pero su estómago estaba protestando por la ridícula ensalada. Él no tenía nada en contra de la música clásica, pero lo que realmente quería en aquel momento era un filete con patatas.

—Cariño, siéntate —dijo Emilio cuando Dorian entró en el salón. Entonces chascó los dedos y, como por arte de magia, apareció una chica con un martini.

—Lo sé, llego tarde —sonrió Dorian sin dar más explicaciones—. Si ya tienes la factura preparada, puedes enviarla al despacho de Malcolm O'Neal. El lleva la administración de Tucker.

Emilio pulsó unas cuantas teclas del ordenador y poco después salía la factura por la impresora. Una persona con menos mundo habría dado un grito al ver la exorbitante cantidad, pero Dorian conocía el precio del spa.

—¿Dónde está? Dile que salga y podré irme a cenar.

—Aún no —sonrió Emilio, llevándola hacia un elegante sofá de color berenjena—. Siéntate, querida.

—No puedo. Tengo prisa.

—Siempre tienes prisa —suspiró el esteticista—. Siéntate. No acepto una negativa.

Donan se dejó caer en el sofá, agotada. Después de la exposición fue a la peluquería canina para buscar a Reba, que, afortunadamente, olía mucho mejor. Más tarde, cuando salió de la ducha, se encontró a la perra tumbada al lado de su cama. Si le estropeaba la moqueta blanca mataría a Brindon con sus propias manos.

Donan se retocó el maquillaje, se hizo un moño francés y eligió un vestidito negro divino para la cena. Mientras iba hacia Emilio's llamó para reservar mesa en su restaurante favorito. Seguro que Brindon no estaría de buen humor después de tanto masaje, así que un buen filete sería la solución. Además de cenar, le daría la primera lección sobre etiqueta en la mesa. Le encantaba matar dos pájaros de un tiro.

La sorprendió ver que había tantas esteticistas, peluqueras y masajistas todavía en el spa, ya que eran casi las nueve.

—¿Qué pasa, Emilio?

—Que hoy hemos hecho un milagro —contestó él, con los brazos en jarras—. Hemos hecho un trabajo formidable para convertir a tu hombre en un dios.

—Agradezco el esfuerzo, pero no es mi...

—La visión de una obra maestra no puede tomarse a broma —la

interrumpió Emilio—. Por eso la Mona Lisa se exhibe en el Louvre y no en medio de la calle.

Donan sonrió.

—Bueno, bueno, lo que tú digas.

—Tómate el martini, querida. Y prepárate para una gran sorpresa.

Moviéndose como una bailarina, Emilio dio órdenes al personal para que quitasen la música clásica y pusieran un rock.

—No creo que esto sea necesario...

—Tú sabes bien que la presentación lo es todo, cariño.

Cierto. La presentación lo era todo. Otra regla suya, como lo de no dar explicaciones o disculparse por nada. Una cosa que Dorian había aprendido de su madre era que las apariencias son más importantes que los sentimientos. Las apariencias se podían controlar, los sentimientos no.

—¿Estás preparada? —preguntó el gurú, mientras bajaba un poco las luces.

—Sí, creo estar preparada para ver el milagro —rio ella.

Sentía curiosidad por ver al nuevo Brindon. Además de los masajes y las limpiezas de cutis, ella misma había elegido su ropa, que le sentaría de maravilla. Su interés no era por el hombre, sino por el resultado de aquella transformación.

El nerviosismo no era más que interés profesional.

Entonces, ¿por qué el enigmático vaquero había invadido sus pensamientos durante todo el día? Supuestamente, solo tenía que pulirlo para que pudiera codearse con lo más granado de la sociedad. Muy simple.

Pero no había nada simple en Brindon Z. Tucker. El día anterior anterior, ser su tutora le había parecido facilísimo. Una broma. Pero aquel día no podía dejar de pensar que estaba involucrada en algo importante, en algo grande.

Emilio tomó un cepillo del pelo para usarlo como micrófono.

—Señoras y señores, voy a presentarles a... Míster Dallas.

Sydney, la masajista, lanzó un silbido.

—¡Que salga de una vez!

—Os presento al hombre que más corazones romperá en el futuro. ¡El atractivo, el bien parecido, el elegante Brindon Z. Tucker!

Dorian soltó una carcajada. Al menos alguien lo había pasado bien aquel día, pensó, tomando un sorbo de martini.

Empujado por un par de manos femeninas, un hombre apareció entonces en el salón, con expresión tímida.

Y al ver la nueva versión de Brindon, Dorian tuvo que escupir el martini para no atragantarse.

CAPÍTULO 4

BRINDON saludó a la concurrencia, que aplaudía alborozada, pero estaba como un tomate. Le daba vergüenza aquella situación. Dorian sabía que Emilio era un genio, pero resultaba difícil creer que aquel tipo tan bien vestido, aquel modelo de la revista GQ fuera el mismo hombre que había dejado allí unas horas antes.

El paleto que se consideraba bien vestido con vaqueros y camiseta había desaparecido y, en su lugar, encontró a un hombre elegante, refinado, tremendamente guapo.

Dorian vio que las chicas del spa lo miraban con admiración y tuvo que admitir que el nuevo millonario Brindon Z. Tucker estaba para comérselo.

El bigote había desaparecido y el corte de pelo destacaba sus facciones. Aparentemente, Dorian no lo había mirado antes, aunque todo eso debía de haber estado ahí. Por primera vez notó los pómulos altos, la nariz recta. ¿Esos labios tan tentadores habían estado ahí, bajo el bigote, como un tesoro bajo el mar?

Asombroso. Dorian observó el traje de Arman¡ y los carísimos zapatos de Prada. Había comprado esa ropa temiendo que se comiera al hombre, pero no era así.

El traje de color petróleo le quedaba como si se lo hubieran hecho a medida. La oscura tela destacaba su natural bronceado, dándole un aspecto misterioso y sofisticado.

Seductor.

Los inolvidables ojos azules de Brindon se clavaron en los suyos, como retándola a ponerle pegas. ¿Cómo iba a hacerlo si era la perfección masculina personificada?

Cuando le guiñó un ojo su corazón se aceleró. Pero tenía que ser admiración por el trabajo que había hecho Emilio. No podía ser deseo, eso era inaceptable.

Tales sentimientos eran inapropiados en una relación de negocios. Y debían ser cortados de raíz.

—Di algo, Dorian —la animó Emilio—. Palabras, necesito palabras, cariño. Cierra la boca y dime qué te parece.

¿Qué le parecía? Apenas era capaz de tener un pensamiento coherente. Pero Dorian se recordó a sí misma que, por dentro, aquel

hombre no había cambiado. Bajo el traje de diseño y el elegante corte de pelo seguía estando el ganador de la lotería de un pueblo llamado Slapdown. Solo su apariencia era diferente. Para ella, seguía siendo como un ser de otro planeta.

Pero ¿las apariencias no lo eran todo? Para su madre, mantener un actitud superior tenía preferencia sobre todo lo demás. Dorian no quería pensar que tenía algo en común con una mujer que jamás había mostrado afecto por su hija, pero ¿no la había acusado su abuela de adoptar los valores de Cassandra?

Para ocultar su confusión, respiró profundamente.

—Felicidades —le dijo por fin a Emilio, con el tono de alguien que está tirando calderilla a los sirvientes—. Buen trabajo.

—¿Eso es todo?

—Tenía mis dudas, la verdad. Pero como en un cuento de hadas, has conseguido lo imposible: convertir la paja en oro.

El propietario del spa se acercó a su creación.

—Date una vueltecita para que te veamos.

—Ya está bien. Me siento como un cacho de carne.

Dorian hizo una mueca. El siguiente paso sería buscar un profesor de fonética que le quitase aquel acento del sur... y que le enseñase a hablar con propiedad.

Brindon se tocó el labio superior, donde solía estar el bigote. Y ella encontró el gesto absurdamente sensual.

—¿No parece como si estuviera desnudo?

Emilio dejó escapar un suspiro.

—No. Y es una pena.

Brindon ignoró el comentario y se sentó en el sofá, al lado de Dorian.

—Dígame la verdad, señorita Burrell. ¿No estoy un poco raro?

—No. No está raro en absoluto. Yo creo que...

—¿Es como si intentara ser alguien que no soy?

—No —insistió ella. ¿Qué podía decirle, que estaba para comérselo, que pocos hombres en Dallas podrían compararse con él?—. Está muy bien.

—¿De verdad? Porque me siento un poco raro con esta ropa. No estoy acostumbrado a llevar un traje. Mire, toque la chaqueta, ya verá qué fina es la tela.

Donan tocó su brazo, pero al sentir el duro músculo que había

bajo la tela, la apartó de inmediato.

—Es un traje de Arman¡.

—Entonces, ¿no estoy raro?

—En absoluto —contestó ella—. Emilio, has hecho un trabajo excelente. Te felicito.

—Un artista nunca acepta más que la perfección.

—Gracias por todo —murmuró Brindon, incómodo—. Vámonos de aquí —dijo entonces, mirando a Dorian—. En Dallas debe de haber algún sitio donde se pueda comer un buen filete.

Ella sonrió. Acostumbrada a hombres fatuos enamorados de sí mismos, la sencillez de Brindon era muy agradable.

—He reservado mesa en mi restaurante favorito.

A pesar de lo extraño de la situación, también ella tenía hambre. Y ese era un apetito que, al menos, no había necesidad de esconder.

Briny escuchaba los consejos de Dorian sobre la lista de vinos como un aplicado alumno. El no sabía que hubiera tantas clases diferentes o que el vino pudiera ser tan increíblemente caro. Solo conocía el vino que se bebía en Slapdown y que se vendía en cartones. Y solo había visto a los sumiller en las películas.

Donan le explicó que un Burdeos iría perfectamente con el Chateaubriand que habían pedido como segundo plato.

—Entonces, hay más clases que el tinto y el blanco, ¿no? —preguntó Brindon, intentando no levantar la voz.

—Pues sí, hay bastantes más cosas que saber. Puedo conseguirle un libro sobre viticultura, si le interesa.

—Parece que cuanto más aprendo, más me queda por aprender. Me siento como si acabara de salir de debajo de una piedra.

—Lo está haciendo bien —sonrió Dorian.

—¿Seguro que no la estoy avergonzando? No me gustaría.

—Tranquilo, no me está avergonzando en absoluto.

En ese momento empezó a tocar la orquesta y Brindon se quedó mirando, sorprendido.

—Sé lo que es un violín, pero los demás instrumentos...

Ella le explicó que eran una viola de gamba y un violonchelo.

—Están tocando el Crisantemi de Puccini.

—¿Y usted cómo sabe eso?

Donan se encogió de hombros.
—Muchos años oyendo música. Por cierto, he ido a buscar a Reba a la peluquería. Y pareció alegrarse al verme.
—Si le han hecho lo que a mí, es normal —sonrió Brindon, observándola a la luz de las velas. Con aquel vestido tan elegante y el pelo recogido estaba guapísima. Como una solitaria princesa en su palacio de cristal. No había vuelto a recordar ese cuento desde que su madre dejó de arroparlo por las noches—. Yo, desde luego, me alegré mucho al verla.
—¿Ah, sí?
—Empezaba a temer que tendría que irme a casa con Emilio. Muy simpático, pero no es mi tipo.
Donan soltó una carcajada. Era la primera vez que la veía reír así y le recordó al sonido de unas campanillas que su madre colgaba en el porche de casa. Su risa lo conmovió y le hizo desear cosas que nunca podría tener.
—¿Puedo hacerle una pregunta? —preguntó Dorian entonces.
—Sí, claro.
—¿Por qué hace esto?
—¿A qué se refiere?
—¿Por qué va a pagarme treinta mil dólares por enseñarle algo que podría aprender leyendo unos cuantos libros?
—No creo que pudiera aprenderlo en los libros, señorita Burrell —suspiró él.
Ningún libro podría darle confianza o hacerle sentir que merecía haber tenido tanta suerte.
—¿Por qué quiere ser aceptado por la alta sociedad de Dallas? Hay muchos millonarios que son deportistas o actores de cine y están tan poco preparados para ser ricos como usted.
—No necesito aprender a gastarme el dinero. Lo que quiero saber es dónde debo gastarlo.
—No lo entiendo. Y, por favor, llámame Dorian.
—Otra cosa que tengo que aprender. No sé explicarme bien. ¿Tú fuiste a la universidad, Dorian?
—Sí, claro.
—Pues yo no. De hecho, terminé los estudios básicos a trancas y barrancas.
—Yo estudié en un exclusivo internado para señoritas. Allí lo

único importante era prepararse para un buen matrimonio... con alguien rico de familia.

—¿Y por qué es mejor ser rico por tu familia que ser un nuevo rico?

—No lo sé. Pero mucha gente lo piensa.

—¿Tú lo piensas?

—No lo sé —admitió Dorian—. Mi bisabuelo fue quien hizo fortuna. Y eso porque tuvo la suerte de encontrar petróleo. Un poco como que te toque la lotería.

—Solo que cuesta más trabajo —sonrió Brindon, mirando la cestita de pan—. ¿Es de mala educación tomar un trozo de pan? Me muero de hambre.

—En absoluto. Para eso está.

Donan tomó un trozo de pan y lo untó con mantequilla. Él hizo lo mismo y cuando se lo metió en la boca dejó escapar un suspiro alivio.

—No podía más.

Era tremendo, pero la enternecía cada vez más. Y había que terminar con eso.

—¿Siempre has trabajado para Chaco Oil?

—Desde que tenía dieciocho años.

—¿Ah, sí?

Dorian parecía sorprendida. Seguramente, nunca se le había ocurrido pensar en los anónimos vasallos que enriquecían a la familia Burrell.

—Estuve allí once años. Y jamás oír hablar mal de Portis Channing.

Le contó entonces que, aunque no lo había conocido personalmente, el fundador de Chaco Oil siempre había sido un ejemplo para él.

—Mi abuela dice que era un buen hombre.

—Además, era muy trabajador y muy bueno con sus empleados.

Cuando llegaron las ensaladas, Briny imitó a Dorian colocándose la servilleta sobre las piernas.

—¿A qué colegio fuiste? —preguntó ella.

—A uno para chicos problemáticos.

—¿Y eso?

—Era huérfano y supongo que me rebelé contra la autoridad.

Pero no era un delincuente, como alguno de mis compañeros.

—¿Qué les pasó a tus padres?

—Mi madre murió cuando yo tenía siete años. Mi padre no quiso saber nada de mí, así que me metió en un orfanato y desapareció. No he vuelto a saber nada de él.

—Lo siento —murmuró Dorian, pensativa—. Mi padre murió hace trece años. Tenía esclerosis múltiple. A pesar de su enfermedad, disfrutábamos mucho estando juntos. 0 quizá por ella. Y como tu padre, mi madre no quiso saber nada de mí. De modo que teníamos algo en común.

Charlaron sobre muchos temas y Briny se sorprendió al ver lo fácil que era hablar con ella.

Cuando llegó el segundo plato, se alegró al ver que, a pesar del nombre francés, Chateaubriand era un filete servido con una extraña salsa. Dorian le dijo que era bearnesa, hecha con yema de huevo, mantequilla, cebolletas y vinagre de vino. Briny no sabía por qué alguien querría esconder el sabor de la carne con tanta salsa, pero ella le explicó la diferencia entre la holandesa, la bordelesa... y que servían para destacar el sabor de la carne o el pescado.

Mientras cenaban, sentía como si fueran solo un hombre y una mujer, pero sabía que pronto volverían a ser tutora y alumno, separados por la diferencia de clases.

—Tengo que decirte algo —Briny había terminado el postre y dejó la servilleta cerca del plato, como había hecho Dorian—. Pensé que esto de la transformación era un error.

—Lo sé...

—Espera, déjame terminar. Pensaba que la ropa o el aspecto físico no eran tan importantes. Quería creer que hacer las cosas bien era lo único que importaba.

—¿Y?

—Admito que me había equivocado.

—Por favor, no dejes que nadie trastoque tus valores —dijo Dorian entonces.

—Cuando llegamos aquí, ese tipo, el que lleva el esmoquin...

—El maitre.

—Sí, ese. No parpadeó mientras nos acompañaba a la mesa.

—¿Y qué?

—Que debe de pensar que soy como los otros clientes —dijo

Briny, señalando alrededor. Aunque, en realidad, lo que quería decir era que el maitre lo había creído el amigo o el novio de Dorian—. Eso no me habría pasado ayer.

—Lo importante es hacer las cosas como uno quiere, Brindon. Ese nuevo aspecto es solo por comodidad. Nada más. No te preocupes de las apariencias.

—Nunca me había preocupado de eso, pero estoy empezando a ver que el uniforme adecuado te abre muchas puertas.

—¿Qué quieres decir?

—Que la gente espera cosas de uno. En general, no tienen tiempo para mirar dentro de los demás y se quedan con lo de fuera. Si no parezco lo que ellos esperan, ¿cómo van a confiar en mí?

—Quizá... por tus acciones.

—No lo creo. Si Malcolm O'Neal apareciese en su despacho en bermudas, ¿qué pensarías?

—Que ha perdido la cabeza —rio Dorian.

—Eso es. No sería lo que tú esperas de él, ¿verdad?

—Supongo que no.

—Aunque te diera los mismos consejos económicos, ya no te encontrarías cómoda.

—No, pero daría dinero por ver a Malcolm 0' Neal en bermudas.

—La gente quiere ver lo que espera. Si no es así, se sienten confusos.

—Tienes razón —dijo ella entonces—. Desde la infancia nos enseñan a no juzgar a los demás por las apariencias, pero la naturaleza humana tiene otras expectativas.

—Quizá confiamos más en la experiencia que en el corazón.

Donan se lo pensó un momento.

—Sí, así es. Lamentablemente.

Briny había salido con muchas chicas en Slapdown. Solían tomar cerveza en el bar de Pete o escuchar música country, pero no recordaba haber hablado de su vida, de sus pensamientos y sueños con una mujer. ¿Por qué? ¿Porque las chicas que conocía no esperaban que los tuviese?

¿0 porque él mismo no creía tenerlos?

Quizá llevar la ropa adecuada y estar sentado en un lujoso restaurante donde tocaban música de Puccini, lo hacía sentirse digno de alguien como Donan Burrell.

Ella estaba muy cerca, tan cerca que podría tocarla.

Pero tenía la sospecha de que jamás sería capaz de tocarle el corazón.

CAPÍTULO 5

QUÉ TE han hecho, Reba? —exclamó Briny, arrodillándose para acariciar a su perra, que movía la cola como loca, contenta de verlo.

—Tendrás que admitir que ahora huele bien —sonrió Dorian.

—Sí, pero lo del lazo rosa es horrible. Mírala, la pobre se siente ridícula. ¿Sabes que fue una perra policía?

—¿Ah, sí?

—La vieja Reba fue una rastreadora sin igual —sonrió Brindon, abrazando a su mascota.

Era más cariñoso con su perra que su madre lo había sido con ella, pensó Dorian, sintiendo un absurdo deseo de recibir afecto. Pero era mejor olvidar esas tonterías.

—Pero perdió la nariz. Seguramente, a causa de un virus. Y como ya no les servía, el comisario iba a... bueno, ya sabes —dijo Brindon entonces—. Así que me la quedé. La saqué de la perrera. Sacrificarla me parecía una barbaridad.

—Y estás muy unido a ella.

—Estamos muy unidos el uno al otro. Llevamos ocho años juntos. Reba tiene dieciséis años, así que no le queda mucho tiempo y quiero que disfrute de la vejez.

—Eso es muy generoso por tu parte.

Brindon era un sentimental. Ella no. Ella nunca había querido una mascota ni ninguna otra responsabilidad. Durante años, ser feliz había sido su único objetivo.

—Sé lo que está bien y lo que está mal.

—Ya, claro. Oye, ¿por qué no la llevas a dar un paseo? —sugirió Dorian entonces. A pesar de su labor policial, no estaba segura de que la perra no fuese capaz de destrozarle la moqueta.

En cuanto Brindon se marchó, ella se lanzó a buscar evidencias de la descontrolada vejiga de Reba, pero no encontró ninguna. Su moqueta blanca seguía siendo inmaculada. Afortunadamente. Una preocupación menos.

Dorian se puso un chándal de diseño que no había visto un gimnasio en la vida y esperó a Brindon, que volvió poco después con una Reba completamente exhausta. Como era su invitado, Dorian le enseñó el apartamento.

Después de hacer el circuito, le dio a elegir dormitorio y, afortunadamente, él eligió el más alejado del suyo.

Una vez colgada la ropa en el armario, fueron a la cocina a tomar un café. Briny se quedó observándola mientras abría un paquete de café jamaicano.

—Hay una forma más fácil de hacer café. ¿No has probado el instantáneo? Solo hay que añadir agua.

—No me gusta el café instantáneo —sonrió ella.

A pesar de que no cocinaba nunca, la cocina era casi como la de un restaurante, con electrodomésticos de acero, una cocina de gas y una nevera que servía básicamente para enfriar botellas de Evian.

Tenía además tres vajillas completas de porcelana y suficiente cubertería y copas de cristal como para un regimiento. Organizaba cenas fabulosas... que encargaba al sous chef de su restaurante favorito, claro.

—Esta cocina es preciosa. ¿Cocinas mucho?

—La verdad es que no. No tengo tiempo.

No tenía por qué decirle que sus habilidades culinarias se limitaban a descongelar canapés. Quizá se habría interesado por la cocina si tuviera a alguien que apreciase sus esfuerzos, pensó. Alguien con apetito, que prefiriese la cocina casera a la alta cocina. Pero aunque mirase su agenda de arriba abajo, no encontraría a nadie que cumpliera ese requisito.

Solo Brindon. Pero él no era ni su amigo ni su amante. Era un señor que le pagaba treinta mil dólares por enseñarle a moverse en la alta sociedad de Dallas. Nada más. Ella no sabía cocinar, pero sí sabía que mezclar los negocios con el placer era una receta para el desastre.

—Si no te importa, me gustaría repasar lo que vamos a hacer estos días antes de irme a dormir.

—Lo que tú digas —sonrió él, aceptando la taza de café que Dorian le ofrecía—. Por cierto, este café está más rico que el instantáneo.

—Me alegro de que te guste —dijo Dorian, sacando un cuaderno del cajón—. Lo primero que hay que hacer es comprar un coche.

—¿Por qué?

—Algunos de los inquilinos del edificio se han quejado de tu furgoneta.

Su abuela era la propietaria del edificio y no quería que nadie la llamase para presentar una queja.

—¿Por qué se han quejado? —preguntó Brindon.

—Pues... las apariencias. Los inquilinos de este edificio son propietarios de Mercedes y Ferraris y no quieren ver una vieja furgoneta en el garaje.

—Pero si me he gastado quinientos dólares para arreglarla... en fin, supongo que aquí está fuera de lugar.

—Deberías regalarla, Brindon —suspiró Dorian—. Y deberías comprar un Ferrari o un Lamborghini. ¿Qué te parece si vamos mañana al concesionario?

—Quiero comprar un coche americano.

Ella levantó la cabeza del cuaderno.

—¿Por qué?

—Para apoyar la economía del país.

—La economía del país no se arruinará porque tú compres un coche italiano.

—Es posible, pero ¿y si lo hiciera todo el mundo? Además, a mí esos deportivos no me van. Oye, podría comprar una furgoneta nueva.

—Una furgoneta no daría la imagen que quieres dar, Brindon. Pero podrías comprar un 4x4, un Land Rover... ahora mismo están de moda.

—Y son mucho más caros que una furgoneta.

—Tienes mucho dinero, eso no debería importarte.

Aquella conversación la ponía nerviosa porque con cada pregunta, Brindon parecía cuestionar sus propios valores. Y hacía que los cuestionase ella misma.

—Considera un coche nuevo como una inversión.

—Muy bien. Pero que sea americano —insistió él.

—Mañana pasaremos por una librería y compraremos algo sobre música, sobre arte, viajes, gastronomía y literatura clásica. Aquí tengo una lista de libros que podrían interesarte. ¿Has leído alguno?

Brindon echó un vistazo y negó con la cabeza.

—No, pero me gustaría compensar el tiempo perdido. Mis profesores decían que era listo, pero que no sabía concentrarme. Creo que ahora puedo hacerlo.

—Muy bien —murmuró Dorian.

Se preguntaba qué clase de vida habría llevado aquel hombre. Perdió a su madre de pequeño y su padre lo llevó a un orfanato. En su caso, Cassandra al menos había sustituido su amor por cosas materiales. Brindon ni siquiera tuvo eso.

Había pasado su infancia con niños problemáticos. Ella la pasó en una institución para niñas ricas. Excepto por la calidad de la comida y las actividades, se parecían mucho.

—Me gustaría aprender algo sobre economía y finanzas —dijo Brindon entonces—. Y cómo usar un ordenador.

—Muy bien. Compraremos un ordenador y yo misma te enseñaré a usarlo. En cuanto a la economía, contrataremos a un profesor. Me temo que eso no es lo mío.

Si lo fuera, no se encontraría en aquella situación. Pero entonces no habría conocido a Brindon... En realidad, dadas las circunstancias, era un milagro que se hubieran conocido. Pensó que su abuela le había dado una bofetada sin mano, pero en realidad lo que hizo fue ofrecerle una oportunidad de ser responsable. Y pensaba aprovecharla.

Como había pasado casi toda su vida en el internado o la universidad, solo pudo estar con ella durante los últimos cuatro años. Cassandra, de naturaleza vengativa y celosa, intentó impedir por todos los medios que formase un lazo con su abuela, pero no lo consiguió. Prudente Burrell era lo único que tenía. Y quizá todavía podría redimirse ante sus ojos.

—¿Crees que Malcolm podría enseñarme algo sobre inversiones? —la pregunta de Brindon interrumpió sus pensamientos.

—Supongo que sí, claro. Mientras no le pidas que te cuente secretos de la profesión.

—Creo que debo aprender algo sobre dirección de empresas. Me interesa saber cómo sacarle rendimiento al dinero.

Dorian nunca había pensado en el dinero más que por lo que podía comprar. Y no tenerlo le hacía apreciarlo por primera vez, de modo que también a ella le interesarían las clases de Malcolm.

—¿Alguna cosa más?

—Voy a contratar un profesor de fonética.

—¿Para qué? No me digas que debo aprender a cantar.

—Para suavizar tu acento. Es demasiado fuerte.

—¿Estás diciendo que la gente me aceptará si dejo de hablar con

acento del sur?

—Es una triste verdad, Brindon. Aprender a hablar no es tan difícil.

Ella misma se había librado del acento de Dallas en el colegio, copiando el elegante tono de Boston de su compañera de habitación.

—Lo que tú digas —suspiró él—. Estoy en tus manos.

Dorian tragó saliva. ¿Se daba cuenta de lo peligroso que era ponerse en manos de alguien? ¿Cómo podía ser tan confiado?

—No habrá algo de comida por ahí, ¿verdad? Es que tengo hambre.

—¿Después de cenar?

Brindon clavó en ella sus ojos azules.

—Soy de esas personas que siempre tienen hambre. Cuando murió mi madre, nunca había comida en casa porque mi padre no se ocupaba de eso.

—¿Te dejaba sin comida?

—A veces —se encogió él de hombros—. Quizá es por eso por lo que siempre tengo hambre.

A Dorian se le encogió el corazón. Aquel hombre contaba las cosas más terribles con total tranquilidad. Y no quería imaginarlo de niño, muerto de hambre…

—Sí, entiendo.

—Menos mal que no engordo. Una profesora me dijo que tenía el metabolismo de un lobo.

—Qué suerte —sonrió ella, abriendo un armario en el que encontró una bolsa de cacahuetes—. Solo tengo esto, lo siento. Mañana iremos al supermercado.

Brindon comió un par de cacahuetes y puso una cara rara. Horror. Seguramente estaban pasados de fecha. Pero no protestó, se limitó a tomar un sorbo de café.

—¿No están buenos?

—Sí, sí.

—Pero has dicho que tenías hambre. ¿Seguro que no quieres comer más?

Le estaba tomando el pelo, para ver cómo reaccionaba. El pobre era incapaz de decir que estaban malos.

—Esperaré hasta el desayuno.

Dorian sonrió. Evidentemente, Brindon Z. Tucker sabía controlarse. ¿Sería así con todo? ¿Sabría controlarse en lo que se refería a las mujeres? Al verlo cenar con tanto apetito, ella misma comió más de lo normal. En general, solía esconder sus apetitos porque «desear» y «sufrir» eran dos verbos que iban juntos. Llevaba toda la vida escondiendo lo que quería, lo que soñaba, pero aquella noche había probado algo nuevo y delicioso.

¿Sería aquel hombre el único con el que jamás tendría que aparentar?

A la mañana siguiente, Briny salió a dar un paseo con Reba, esperando que a la vuelta Dorian se hubiera despertado. Pero no fue así.

Después de ducharse, se puso uno de los trajes que ella le había comprado y se sentó frente a la televisión para ver la CNN.

Nada. Seguía si levantarse.

Claro, una rica heredera no acostumbraba a levantarse temprano. Como su estómago empezaba a rugir, fue a la cocina para ver qué podía tomar de desayuno. Desgraciadamente, en los armarios y en la nevera no había nada en absoluto más que unas botellas de agua.

Pero él había pasado momentos peores y decidió que podría aguantar con un café.

La verdad, había esperado que su dúplex fuera «elegantemente minimalista» como decían en las revistas de decoración, pero se encontró con un apartamento muy femenino, estupendamente decorado. Quizá su casa era lo que ella quería ser, en lugar de la imagen que proyectaba cara a los demás.

Mirando por la ventana, Briny tuvo que sonreír. Hacía un día soleado, luminoso, un día de esos en los que uno se sentía feliz de estar vivo. Y, en realidad, se sentiría feliz aunque hubiese tormenta y el cielo estuviera negro como boca de lobo.

Tenía un día entero para estar con Dorian.

Media hora después, ella entró en el salón, medio dormida y de mal humor. Llevaba una coleta y ni gota de maquillaje, como a él le gustaba. En lugar del albornoz de seda del día anterior, llevaba uno largo de algodón.

—Buenos días. ¿Llevas mucho tiempo levantado?
—No mucho.
—Mentiroso.
—A quien madruga, ya sabes —le recordó él.
—Lo de madrugar es una tontería.
—¿Tienes hambre?
—No, por las mañanas solo tomo café. Pero iremos al supermercado para comprar algo. No quiero que te mueras de hambre como el pobre Tom Joad.
—¿Quién es Tom Joad?
—El protagonista de Las uvas de la ira —suspiró Dorian.
—Ah, he visto la película. Henry Fonda, ¿no?
—Sí, bueno... en realidad, es una novela de John Steinbeck. Creo que está en la lista de libros que deberías leer.
—Muy bien.
—Iremos al supermercado y a la librería. Y después, al concesionario para comprar un coche.
—Lo que tú digas. Tú eres la jefa.

A las cinco de la tarde, Dorian comprobó su lista. Lo habían hecho todo excepto una cosa: la vieja furgoneta de Brindon seguía en el garaje. Estuvieron tan ocupados con los libros y el coche que no hubo tiempo de llamar a una grúa. Y necesitaban la plaza de aparcamiento para el nuevo Lincoln de Brindon.
—Me temo que el pesado del señor Cortina volverá a quejarse.
Él soltó el libro que estaba hojeando.
—Vamos.
—¿Adónde?
—A librarnos de la furgoneta.
Estuvieron conduciendo por las calles de Dallas durante media hora hasta que encontró lo que estaba buscando. Entonces aparcó cerca de una parada de autobús.
—Espérame aquí.
Donan no sabía qué estaban haciendo, pero lo vio acercarse a una mujer con tres niños pequeños.
—Perdone, señora. ¿Puedo preguntarle una cosa?
—¿Va a preguntarme si quiero tener un hijo con usted? Porque

no tengo ni tiempo ni energía —sonrió ella.

—No, me gustaría saber si quiere usted una furgoneta.

—Sí, claro. Tengo el Cadillac en el taller —replicó la mujer, que llevaba un uniforme de camarera.

—No, en serio. Supongo que viajar en autobús con tantos niños debe de ser un problema.

—Desde luego que sí. Tengo que levantarme a las seis de la mañana para llevarlos al colegio y después tomar otro autobús para ir a trabajar.

—¿Y su marido?

—Ya no tengo marido. ¿Le apetece ocupar el puesto?

Brindon se puso colorado.

—Gracias por la oferta, pero no estoy disponible. Aunque nuestra media naranja siempre anda rondando por ahí.

—¿Lo cree de verdad?

—Claro que sí.

—Pues espero que el príncipe azul aparezca cuanto antes —rio ella.

—¿Ve esa furgoneta? —preguntó Brindon entonces.

—Sí, claro.

—Es un poco vieja, pero podría servirle. Acabo de cambiarle las ruedas y el tanque está lleno de gasolina. ¿La quiere?

La mujer lo miró, recelosa.

—¿Por qué iba a regalármela?

—Porque necesita un medio de transporte.

—¿Cuál es la trampa? —insistió ella, incrédula, mirando alrededor como si esperase encontrarse una cámara de televisión—. Tiene que haber una trampa. La gente no va regalando furgonetas por ahí.

—No hay ninguna trampa. Mire, esta es la documentación —sonrió Brindon—. Donan, ¿tienes un bolígrafo? —la llamó entonces.

Ella bajó de la furgoneta y sacó un bolígrafo de oro que seguramente valía más de lo que aquella pobre mujer ganaba en un mes.

Brindon le pidió el nombre y firmó los papeles entregándole el vehículo.

Sue, la cansada camarera, lo miró con lágrimas en los ojos.

—He rezado muchas veces para que me pasara algo como esto.

Es un sueño.

—Solo es una vieja furgoneta, pero resolverá alguno de sus problemas —sonrió él, sacando un fajo de billetes—. Tome, para el seguro... y para que compre asientos de seguridad. Los niños son lo más importante.

—No me lo puedo creer, de verdad... pero no me ha dicho su nombre y tengo que saber quién es mi hada madrina.

—Briny —contestó él, tomando a los niños de la mano para subirlos a la furgoneta.

Unos minutos después, Brindon y Dorian estaban en la acera, diciéndoles adiós con la mano.

Ella se volvió entonces, atónita. ¿A cuántas fiestas benéficas había acudido durante su vida? ¿A cuántas fundaciones aportaba dinero? Había firmado cheques para tantas causas que casi ni se acordaba. Pero nunca había sentido lo que sentía en aquel momento.

—Eres increíble.

—No, eso no es verdad. Pero tengo hambre.

Donan miró alrededor. Estaban muy lejos de casa, en un barrio al que ella jamás había ido antes. Sacó el móvil del bolso para llamar un taxi, pero Brindon tenía otras ideas.

—Ven —dijo, tomando su mano—. Vamos a tomar el autobús.

CAPÍTULO 6

EL INTELECTO de Briny empezó a tomar forma bajo la tutela de Dorian, como un diamante en bruto empieza a tomar forma en manos de un experto joyero. Aprendía muy rápido y, cuanto más aprendía, más deseaba saber.

Observando cómo se abría el mundo de Brindon a través de sus lecciones, Dorian recordó su deseo adolescente de convertirse en profesora. Seguramente ya no lo sería nunca pero, por primera vez en su vida, tenía un propósito. Y le gustaba tenerlo.

Pero cuanto más tiempo pasaba con Brindon Z. Tucker, más importante era para ella. Decidida a esconder sus emociones, se concentró en el trabajo para resistir el atractivo de aquel hombre.

Aunque algunas veces se permitía a sí misma soñar con que él compartía sus sentimientos. Cada vez que se rozaban, cada vez que Brindon se acercaba para preguntarle algo... o cuando lo pillaba observándola con una reconcentrada expresión.

Pero no era cierto. Brindon Z. Tucker tenía un objetivo y eso era lo único que le importaba. ¿Y por qué no? El era un hombre generoso, sencillo y trabajador. ¿Cómo iba a sentirse atraído por una caprichosa heredera cuyas decisiones importantes consistían en buscar el mejor restaurante o elegir la ropa adecuada?

Brindon había sido claro desde el principio: él no quería vivir sin hacer nada, aprovechándose del trabajo de los demás. Desgraciadamente, esa frase describía perfectamente a Dorian y su entorno.

Sus amigos, que habían vuelto de pasar un fin de semana en Cozumel, sentían interés por su «nuevo proyecto», pero a ella no le apetecía presentarlo. Quizá para protegerlo de su cinismo y sus extravagancias. 0 quizá porque lo quería solo para ella.

Brindon era un hombre de principios, un hombre que esperaba encontrar un día el amor de su vida y vivir felices para siempre. Ella no era esa mujer. Dorian no creía en cuentos de hadas ni en finales felices.

Por el momento, solo había una forma de entrar en su vida, ganándose su respeto, siendo la mejor tutora posible. Su amistad con él era la alianza más genuina que había tenido nunca y no

pensaba desperdiciarla.

Quizá intentando probarle algo, se probaría algo a sí misma.

Una relación física con él sería un tremendo error. Pero si pudieran seguir siendo amigos... al menos hasta que se embarcase en su nueva vida, para la que ella lo estaba preparando. Dorian se había sentido vacía hasta que lo conoció y cuando se fuera se sentiría vacía de nuevo.

De modo que siguió haciendo lo que debía hacer: ser su tutora mientras se negaba a sí misma los sentimientos tiernos que empezaban a formar raíces en su corazón.

Uno por uno, Brindon leyó todos los libros de la lista, sorprendiéndola a veces con sus inteligentes comentarios. Por supuesto, su autora favorita era Jane Austen. Evidentemente le gustaban los finales felices, y seguro que habría uno para él. Lamentablemente, Dorian no creía que lo hubiese para ella.

Con la ayuda de un experto en informática llamado Justin, Brindon aprendió a usar Internet y se pasaba horas navegando en busca de fundaciones y organizaciones no gubernamentales necesitadas de fondos. Decidido a usar sabiamente su dinero, no quería tomar ninguna decisión hasta que pudiera hacerlo con total seguridad.

Para ello, se reunía dos veces por semana con Malcolm O'Neal y, pensando que un poco de información económica no le iría mal, Dorian lo acompañaba.

Un día, mientras escuchaban sus recomendaciones sobre Wall Street, Dorian se dio cuenta de que, por muy poderosa que fuera, su abuela Prudence no viviría para siempre. Como única heredera, ella tendría el deber de dirigir Chaco Oil... si no la borraba del testamento. Aceptando la mortalidad de su abuela y la inevitabilidad de su futuro, Dorian se prometió a sí misma aprender todo lo posible para ser una digna sucesora del imperio que fundó su bisabuelo.

No había hecho nada importante en veintiséis años, pero quizá no era demasiado tarde. Quizá aún podría ganarse la confianza de su abuela.

Antes de conocer a Brindon, no iba a ninguna parte. En realidad, parecía estar siguiendo los pasos de su madre. Pero ver a Brindon tomar las riendas de su vida a pesar de su desgraciada infancia le

dio valor para hacer lo mismo.

Durante el primer mes de tutela, apenas salieron del apartamento. Por las tardes, estudiaban el Investor's Daily para conocer las posibilidades económicas. Y a través del estudio, Dorian aprendió algo: la riqueza otorgaba poder, pero también demandaba responsabilidades.

El conocimiento determinaba si el dinero era usado para tener éxito o como un camino hacia la destrucción.

En el aspecto cultural, el experto en informática ayudó a Dorian a hacer un programa de historia del arte, a través del cual podía mostrarle a Brindon las famosas obras maestras y sus autores.

Pasaban muchas horas en el apartamento, leyendo y escuchando música clásica. Harto de comer en restaurantes, él insistió en que tomasen lecciones de cocina. Sus gustos eran básicos, pero se atrevía a probar cosas nuevas.

Donan no era tan rápida y se arriesgaba menos, pero por fin aprendió lo suficiente como para hacer pasta con cabello de ángel y pollo al vino. Jugando con las cacerolas, hacían concursos para ver quién cocinaba mejor.

Un día, durante el mes de julio, mientras comían quesadillas de pollo que él había preparado para el almuerzo, le hizo una pregunta inesperada:

—¿Qué sabes de la Fundación Ayuda a los Niños?

Donan lo miró, sorprendida.

—Pues... mi familia lleva años aportando fondos a esa fundación.

—Me gustaría saber a qué se dedican exactamente.

—Dan dinero a colegios de huérfanos, creo. ¿No te han enviado información?

—Sí, he leído el folleto. Pero «organizar actividades recreacionales y culturales para los niños menos privilegiados» no me dice nada.

Ella se encogió de hombros.

—Si es importante para ti, puedo hacer algunas llamadas.

—¿No dices que tu familia aporta dinero a esa fundación?

—Sí, claro. Hacen una gala en el mes de octubre para recaudar fondos y aportando una donación considerable se consigue la mejor mesa.

Brindon arrugó el ceño.
—¿Das dinero para ir a la fiesta?
Ese comentario la hizo sentir incómoda.
—No, claro que no. La Fundación Ayuda a los Niños hace cosas estupendas. La gala solo sirve para recaudar fondos.
—¿Y cómo sabes que hacen cosas estupendas?
—Porque sí —replicó Dorian, irritada.
En realidad, ella hacía su papel en el mundo filantrópico sin preocuparse de más. Cualquier actividad benéfica en la que apareciese un miembro de la familia Burrell tenía garantizado espacio en los periódicos y la televisión.
—¿Nunca has querido saber lo que hacen con tu dinero?
—¿Y por qué iba a querer saberlo?
Preguntar lo que cada organización hacía con sus cheques le parecía una pérdida de tiempo. Para eso estaba el gobierno, ¿no?
—Llama por teléfono —suspiró Brindon—. Diles que queremos ir a ver lo que hacen.
—¿En serio?
—Y diles que queremos hablar con el director.
—Puede que no sea tan fácil.
—¿Por qué no? Supongo que una fundación que busca fondos estará dispuesta a abrir sus puertas a cualquier patrono.
Era cierto. 0 debía ser cierto.
—Veré lo que puedo hacer.

Al día siguiente, Marjorie Treadwell, la directora de la Fundación Ayuda a los Niños, los llevó a un albergue para mujeres maltratadas y a otro para niños de familias problemáticas, donde recibían clases de música y cultura general. Eran niños cuyos padres estaban en la cárcel o saliendo y entrando de ella.
Brindon se sentó en el suelo con un grupo de críos, sin preocuparse por su carísimo traje de Hugo Boss, y se puso a jugar con una alegría que dejaba a Mary Poppins en pañales.
Sintiéndose invisible, Dorian se apartó un poco del grupo. ¿Emitiría una señal de esas que alejan a las mascotas y los niños?, se preguntó. Quizá parecería más sociable si hubiera aceptado el zumo de manzana que le ofreció la directora.

Más tarde, volvieron con la señora Treadwell a su despacho, donde se ofreció a contestar cualquier pregunta. Brindon abrió el maletín de piel que Dorian le había comprado y sacó unos papeles.

—¿Cuántos empleados trabajan en la fundación?

—Tenemos tres secretarias y un administrador. El resto del equipo lo forman voluntarios o trabajadores sociales que aún no han terminado la carrera.

—¿Qué porcentaje de los ingresos va directamente a los albergues y qué cantidad se gastan en administración?

Dorian se quedó impresionada. Lo llevaba todo escrito. Y también admiró su cuidadosa pronunciación. Poco a poco, el fuerte acento sureño iba desapareciendo. Su profesor de fonética era un tirano que lo hacía trabajar día y noche y, desde luego, estaba dando resultado.

—El veinticinco por ciento de los fondos se gasta en administración. Le he dicho que hay cuatro empleados, además de mí, pero no que estemos bien pagados —sonrió la señora Treadwell.

Brindon sonrió también.

—Pero la fiesta que organizan anualmente debe de costar un dineral.

—No la pagamos nosotros. La gala es financiada por nuestros patronos. Sin los fondos que se recaudan en esa gala no podríamos seguir adelante, señor Tucker.

—Señora Treadwell, dígame una cosa. Si la fundación recibiese más fondos, ¿en qué los emplearía?

—Compraríamos ordenadores. Muchos de los niños deben residir en los albergues de forma casi permanente debido a su situación familiar y, en algunos casos, pierden días de colegio. Teniendo ordenadores, su educación no sufriría en absoluto.

—Ah, ya entiendo.

—¿Lo veremos en nuestra próxima gala, señor Tucker?

—No lo creo, señora Treadwell. No me gustan las fiestas —contestó él.

—En fin, espero que vuelva a ponerse en contacto con nosotros el próximo año —suspiró la directora.

Donan no entendía nada. Lo que la señora Treadwell había dicho era absolutamente razonable. ¿Por qué se negaba Brindon a aportar fondos?

—No me gustan las fiestas, pero me agrada mucho lo que están haciendo por los niños —dijo él entonces, sacando un talonario de cheques—. Me gustaría que tuviesen ordenadores y espero que con esto sea suficiente —añadió, entregándole un cheque.

—Muchísimas gracias —murmuró la señora Treadwell, que se emocionó al ver la cantidad, aunque parecía curtida en mil batallas —. Le estamos muy agradecidos.

—De nada. Pero me hace falta un recibo… por los impuestos, ya sabe.

Donan sonrió. Brindon estaba aprendiendo mucho. Pero sobre todo la sorprendía su deseo de dar, de ser generoso.

—No me gusta el golf —protestó Brindon.

Pero Dorian insistió en que ser socio del club de campo y jugar al golf era fundamental para entrar en los círculos más selectos.

—Por favor, es un deporte como otro cualquiera, no el crimen organizado —replicó ella, dejando el coche en el aparcamiento.

—Es que no me gusta. Me siento fuera de lugar.

Habían estado casi encerrados en su apartamento y la idea de salir y mezclarse con toda aquella gente era un paso demasiado arriesgado.

—Todo irá bien, ya verás.

—Nunca he estado en un campo de golf. Ni siquiera conozco a nadie que haya jugado al golf.

—Me conoces a mí. Y te va a gustar, seguro.

—A mí me parece un juego muy tonto.

En realidad, le gustaba estar a solas con Dorian en el apartamento. Quizá, como en el cuento que solía leerle su madre, algún día conseguiría llegar a la princesa que vivía en su torre de cristal.

¿Podría ganar su corazón? Al principio pensó que no tenía ninguna oportunidad. ¿Qué había pasado en las últimas semanas para creer que era posible? ¿Cuándo había empezado a pensar que era suficientemente bueno para una mujer como Dorian Burrell?

¿Quería mantener una relación con ella cuando terminase la tutoría? Sí. Lo deseaba con todas sus fuerzas. Quería saber si era la mujer con la que siempre había soñado.

Pero si hacía el ridículo delante de todos sus amigos, todo lo que había ganado durante aquellas semanas se iría al garete. Si Dorian se daba cuenta de lo diferentes que eran, lo miraría de nuevo como si fuera un proyecto.

Y él quería que lo viese como un hombre.

—El golf es algo más que un juego —sonrió Dorian, sacando su bolsa de palos. Pensaba hacer nueve hoyos con sus amigas mientras él tomaba la primera lección—. Es una metáfora de la vida. Se hacen contactos importantes entre hoyo y hoyo, se firman contratos. Los verdaderos caballeros juegan al golf.

—Quizá antes de jugar al golf debería convertirme en un caballero.

—Yo soy la profesora y jugar al golf es uno de los requerimientos para pasar la prueba. Deja de quejarte de una vez.

El club de campo gritaba «dinero» por todas partes. No era de extrañar que hacerse socio costase una fortuna. Y él no tenía nada que hacer allí.

Entonces miró a Dorian, que llevaba una gomita de visera y pantalones cortos. Solo ella podía estar elegante con ese atuendo. Y sexy. Sus largas y bronceadas piernas eran como para echarse a temblar.

—Terminaremos a la hora de comer, espero.

—¿Te he dejado alguna vez sin comer?

Brindon dejó escapar un suspiro. «Todos los días, querida». Se moría de hambre cada vez que respiraba su elusivo perfume. O cada vez que la oía reír.

Hipnotizado por el movimiento de sus caderas, la vio desaparecer en el lavabo de señoras. Y tuvo que controlar el impulso de entrar tras ella, tomarla en sus brazos y besarla hasta dejarla sin sentido.

Tenía que controlarse, se dijo. Pero ser un caballero estaba empezando a ser una carga. Vivir con Dorian y no tocarla era una tortura que no sabía cuánto tiempo podría soportar. O cuántas duchas frías podía darse un hombre.

—No me puedo creer que hayas tenido escondido a ese pedazo de hombre —protestó Tiggy—. Eres una niña muy egoísta.

—No es mi juguete, rica. Es mi alumno y llevamos varias semanas estudiando como locos —explicó Dorian, secándose el pelo con una toalla. Estaban en las duchas del club de campo y su amiga no dejaba de darle la lata sobre Brindon.

—sí, sí, seguro. En tributo a My Fair Lady, nuestras amigas han empezado a llamarte Dorian Higgins y a él Ebenezer Dolittle. Pensábamos que era un vaquero de palillo en los dientes.

Tiggy, que estaba bronceada de arriba abajo porque había tomado el sol desnuda en México, se puso unos pantalones blancos ajustados, un top sin mangas de color rojo que era lo último de Versace y unas moles de piel.

—Pues no lo es.

—No, no lo es. Y la verdad es que está buenísimo.

Dorian se puso un vestido de color albaricoque con sandalias a juego. ¿Cómo podía alguien describir a Brindon simplemente como «está buenísimo»? Esa descripción no revelaba nada sobre él. Era superficial, como Tiggy.

—Nuestra relación es estrictamente profesional.

—¿Me lo dirías si no fuera así?

Dorian levantó los ojos al cielo. ¿Su amiga siempre la había puesto de los nervios?

—No. Porque mis relaciones profesionales no son asunto tuyo.

—Eres muy noble. Pero la verdad es que siempre te has controlado mucho con los hombres. ¿Y sabes una cosa? A mí me gustaría averiguar si ese vaquero está igual de guapo sin ropa.

—Yo no pienso en él de esa forma. Me paga por ayudarlo y nada más.

¡Mentirosa!, le dijo su conciencia. ¿Cuántas horas había estado despierta en la cama, dando vueltas y vueltas, atormentada por imágenes de Brindon desnudo, en su cama? Tenía que ponerse a recordar pintores flamencos para quitárselo de la cabeza.

—Bueno, pero no es mi jefe —rio Tiggy—. Y, afortunadamente, yo no tengo tus inhibiciones. Ten cuidado, profesora. He visto a muchas mujeres salivando por ese vaquero.

La predicción de Tiggy la llenó de aprensión. Fueron al restaurante para reunirse con él, pero ¿cómo iba a comer si tenía un nudo en el estómago? ¿Qué le pasaba? Brindon era libre de salir con quien le diera la gana.

Entonces, ¿por qué la amenaza de Tiggy hacía que Dorian desease tirarla del pelo? Tuvo que resistir la tentación de llevarse a Brindon de allí y encerrarlo en el apartamento hasta que terminaran las clases para que las mujeres no se aprovechasen de él.

Cuando lo vio en el restaurante, todavía con el pelo mojado de la ducha y unos pantalones de color caqui, tuvo que contener un suspiro. Estaba guapísimo, perfecto.

Durante el día, el club estaba lleno de gente adinerada, todos con ropa de diseño de lo más exclusivo. Y sin embargo, Brindon no desentonaba en absoluto. De modo que había conseguido lo que quería. ¿No era eso para lo que le estaba pagando?

Entonces, ¿por qué se sentía tan mal?

—No sabes cómo me alegro de que el vaquero no sea mi jefe —sonrió Tiggy—. Pero me alegra mucho más no tener escrúpulos.

Por eso las mujeres como Tiggy nunca tendrían una oportunidad con Brindon Z. Tucker. Brindon sí tenía escrúpulos y merecía una mujer tan íntegra como él.

Entristecida por la idea de que no sería ella, Dorian dejó escapar un suspiro. ¿Por qué estaba tan triste? ¿Por qué sentía como si le hubieran robado el alma? Solo había una posibilidad y debía considerarla.

Entonces miró al hombre con el que había pasado cada hora durante un mes. Albergaba una horrible sospecha del porqué de su tristeza.

Estaba enamorada de él.

CAPÍTULO 7

B RINY vio a Dorian y a su amiga en cuanto entraron en el restaurante del club de campo. La morena de pantalones ajustados y blusa sin mangas llamaba mucho la atención, pero él solo podía mirar a Dorian.

Lo había dejado solo en el campo de golf y tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el nerviosismo. Pero ya no tenía nada que temer; estaba de nuevo con ella.

Qué rápidamente se había convertido en una especie de ancla, en alguien que lo hacía sentirse seguro.

Brindon había insistido en que ir al club de campo no era buena idea, pero Dorian opinaba que no podía esconderse para siempre. ¿Para qué le valía estudiar tanto si no se ponía a prueba?

En seis semanas, Dorian Burrell se había convertido en alguien fundamental para él. En alguien que ocupaba gran parte de su corazón.

Y un mes y medio más no sería suficiente para aprender a vivir sin ella.

Se había cambiado los pantalones cortos por un vestido de color melocotón y llevaba el pelo suelto, como un halo rubio alrededor de la cara. Su amiga iba riendo, pero ella parecía ausente, preocupada.

Era la mujer más guapa que había visto en su vida, pero le pasaba algo. Tenía el ceño fruncido, como si alguien le hubiera dado una mala noticia.

Brindon se levantó para apartar las sillas. Dorian le había hecho repetir esos pequeños detalles tantas veces que ya le salían solos. Aprender a portarse adecuadamente era como montar en bicicleta. "

El camarero llevó martinis para Dorian y su amiga sin que ellas los hubieran pedido. Parecían recibir una atención especial y era lógico. Brindon pidió agua mineral. No sentía mucho aprecio por el alcohol porque de pequeño tenía que esconderse en el armario cuando su padre llegaba a casa borracho.

—Dorian, ¿te pasa algo?

—No, nada. ¿Por qué lo preguntas?

—No sé, pareces nerviosa.

—Es que he tomado mucho el sol y me duele un poco la cabeza

—murmuró ella, sin mirarlo.

—Bueno, Brindon, cuéntame —empezó a decir Tiggy entonces —. ¿Has tenido oportunidad de conocer la noche de Dallas? —preguntó, echándose hacia delante para crear un escote que un segundo antes no estaba allí.

—No salimos mucho. Hemos estado ocupados con otras cosas —contestó él.

—Ah, pues eso no tiene gracia —sonrió Tiggy, jugando con su pelo.

Según un libro que Dorian le había prestado, esa era la señal de que una mujer estaba interesada por un hombre. Pero Brindon no necesitaba ningún libro para saber cuándo una chica le tiraba los tejos.

—La verdad es que soy un poco aburrido.

—Qué modesto. Estoy segura de que no eres nada aburrido. Es más, seguro que eres de lo más divertido cuando quieres.

Él se encogió de hombros.

—No, qué va. A mí me gusta quedarme en casa. Pregúntale a Dorian.

Ella levantó la mirada.

—Es más bien un ermitaño. He tenido que obligarlo a venir aquí.

—Pues deberías salir más —insistió Tiggy—. Dallas tiene todo lo que un hombre puede desear.

—¿Ah, sí?

—Hay clubes fabulosos, discotecas, bares... a lo mejor algún día te apetece ir conmigo.

—Brindon no baila —murmuró Dorian.

Parecía enfadada. Quizá pensaba que iba a aceptar la invitación de su amiga y no le parecía correcto. Pero Brindon no tenía ninguna intención de hacerlo.

—A mí me encantaría enseñarte a bailar —sonrió la morena.

—Gracias por la oferta, señorita, pero estoy seguro de que Dorian me enseñará cuando llegue el momento.

—No se aprende a bailar en un apartamento. Como otras actividades físicas, el baile hay que practicarlo con la persona adecuada.

De vuelta en Slapdown, en su otra vida, Briny nunca imaginó

que algún día tendría que librarse de una mujer tan guapa... y tan insistente.

—Estoy seguro de que Dorian ya tiene algo planeado.

—Conociéndola, seguro que sí.

Dorian no se molestó en replicar. Pero cuando llegó su ensalada prácticamente ensartó un inocente tomate con el tenedor, como si quisiera matar a alguien. Y Briny arrugó el ceño. ¿Cuántas veces le había dicho ella que no había que ensartar las cosas con el tenedor, sino cortarlas delicadamente? Debía de estar muy furiosa para haber olvidado eso.

—¿Qué tal el partido de golf?

—Dorian me ha ganado, para variar —contestó Tiggy, a quien no iba dirigida la pregunta—. Nuestra chica es muy competitiva, no sé si lo sabes. Si decide que quiere algo, lo consigue sea como sea.

—¿Y tú qué tal, Brindon? —preguntó Dorian, fulminado a su amiga con la mirada.

Él admitió que no lo había pasado mal, aunque definitivamente los palos no eran lo suyo. No estaba seguro de que el juego fuese una metáfora de la vida, como ella había dicho, pero tampoco era tan aburrido como pensaba.

—El entrenador me ha dicho que tengo estilo.

—No me extraña —rio Tiggy. Estaba flirteando descaradamente con él y Brindon intentó hacerle entender con la mirada que no estaba interesado—. ¿Vais a la exposición de Sabrá la semana que viene?

—¿Qué? —preguntó Dorian, despistada.

—La exposición en la galería de Liam. Irá todo el mundo.

—No sé... sí, seguramente.

Incluso cuando se dirigían directamente a ella, a Dorian le costaba trabajo concentrarse. Estaba distraída y deseando que terminase el almuerzo. Mientras se despedían, prometiendo ir a la exposición, Tiggy metió un papelito bajo su servilleta. Seguramente con su número de teléfono. Pero Brindan lo dejó allí, sin tocarlo.

Por la noche, Dorian estaba tirando unas cajitas de comida china a la basura. Desde que Brindon vivía allí comía más que nunca y, si no tenía cuidado, acabaría como una foca.

Debía recuperar el autocontrol, algo que había ejercido sobre sí misma toda la vida. Aunque estuvo a punto de perderlo en el club, con Tiggy.

Dorian asomó la cabeza en el salón y vio a Brindon tumbado en el sofá, con la cara enterrada en un libro. Llevaba sus típicos vaqueros gastados y una camiseta que dejaba al descubierto sus bíceps.

Reba estaba sentada en el suelo, a sus pies, con la cara apoyada sobre su muslo. Sin mirar, Brindon alargaba la mano de vez en cuando para acariciar su cabeza. Dorian había terminado por acostumbrarse al animal, que era una bola de pelo, devoción y amor.

Amor.

Otra vez esa palabra. Desde que admitió la posibilidad aquella tarde, esa palabra daba vueltas y vueltas en su cabeza. Llevaba toda la vida negando la existencia del. amor. ¿Por qué se había dejado atrapar en aquella absurda red?

Aunque el amor fuera una emoción real, enamorarse era lo peor que le podía pasar. Si ella no creía en el amor, ¿cómo podía enamorarse? De Brindon Z. Tucker, ni más ni menos.

El amor implicaba una pérdida de control que, al final, partía el corazón. El amor era rechazo y dolor. Una lección que había aprendido de su madre.

Pero lo que sentía por Brindon no era amor, se dijo. Aunque hubiera tenido la tentación de pegarle una paliza a su amiga en el club de campo.

No era amor en absoluto.

Seguramente era deseo, algo mucho más aceptable que el amor. Según la filosofía de Brindon, el amor debía durar toda la vida. ¿Quién podía planear con tanta antelación?

El deseo, por otro lado, era una aflicción temporal. Si uno tenía mucho cuidado, claro.

Pero debía dejar de pensar esas cosas. El deseo podía ser más fácil que el amor, pero era igual de peligroso. Por eso la habían sacado de quicio los tonteos de Tiggy, que no estaba enamorada de Brindon, meramente encandilada con su aspecto físico.

Y sus cincuenta millones de dólares, claro. Se preguntaba si Tiggy seguiría interesada cuando supiera que él pensaba entregar la

mayor parte del dinero a causas benéficas.

—¿Dorian? —la llamó Brindon desde el salón.

—¿Sí?

—¿Qué estás haciendo?

—Nada.

—Date prisa. Acabo de tener una idea.

¿Una idea? Horror. Ella quería irse a la habitación para lidiar con sus traicioneros pensamientos en privado. Cuando la miraba con esos ojos azules se sentía tentada de confesar toda la verdad. No solo a él, sino a Tiggy, al camarero y a todo el que estuviese cerca.

Afortunadamente, recordar los nombres de los impresionistas franceses le servía para evitar tan destructivo comportamiento.

Donan entró en el salón con un bol de palomitas en la mano.

—Mira, te he traído algo para picar.

—Muchas gracias. ¿Tú no quieres?

—No, gracias. ¿Qué idea es esa?

—Ahora te lo cuento. Primero tenemos que hablar.

—¿De qué?

—Del programa, de mis progresos. A qué queremos dedicarnos ahora.

—Sí, es verdad. Todos los estudiantes esperan recibir su nota.

—Bueno, ¿y cómo lo estoy haciendo, profesora? Y no puedes decir que «regular».

Donan había pasado semanas mirando aquellos labios mientras hablaba, mientras comía, mientras estudiaba reconcentrado... lo único que le faltaba por comprobar era cómo besaban. Cómo sabían.

¿Era eso pedir mucho?

—Lo estás haciendo muy bien. De hecho, tan bien que seguramente ya no me necesitas.

Lo había dicho. Lo mejor era poner las cartas sobre la mesa.

—Me parece que Cenicienta aún no está preparada para el baile —suspiró Brindon—. Necesito poner en práctica muchas de las cosas que me has en señado.

—Muy bien. A partir de la semana que viene empezaremos a ir a exposiciones, para que aprendas algo sobre el mundo del arte —dijo Dorian, levantándose—. ¿Nos vamos a dormir?

Brindon tomó su mano.

—¿Por qué tienes tanta prisa? Solo son las diez. Además, aún no te he contado mi idea.

—¿Has encontrado la forma de evitar los ruidos estáticos del móvil? —intentó bromear ella, soltando su mano.

—Aún no. Pero me gustaría que me enseñases a bailar.

—¿Qué? No, yo no puedo enseñarte a bailar.

—¿Por qué no? ¿No sabes bailar?

Dorian había estudiado ballet clásico y jazz, de modo que la pista de baile era un sitio en el que se sentía como en su casa.

—No lo hago mal.

—Estupendo. Lo que ha dicho tu amiga esta tarde me ha hecho pensar.

—¿De verdad? No sabía que Tiggy pudiera conseguir esa respuesta de un hombre. Brindon soltó una carcajada.

—Aunque no me gusta mucho ir a discotecas, supongo que habrá ocasiones en las que tendré que bailar. Me llevarás a alguna fiesta antes de terminar conmigo, ¿no?

Dorian se aclaró la garganta.

—Sí, claro.

—Venga, ayúdame a mover los muebles.

—¿Para qué?

—Para bailar —contestó él—. Vamos a poner música lenta.

Ella dejó escapar un suspiro. Bailar una canción lenta requería que estuviesen muy cerca, que se tocasen... y no estaba preparada para eso.

—¿Pasa algo?

—No, nada —murmuró Dorian, buscando un CD de Strauss.

Podría ser peor. Brindon podría haber querido que le enseñase a bailar un tango. 0 una lambada.

Como el amor no era una opción, quizá debería dejarse llevar por sus instintos de chica mala, pensó entonces. Ella nunca sería tan buena como Brindon. No tenía ese potencial genético.

Incluso aportaba dinero a la Fundación Ayuda a los Niños solo para acudir a la gala. Nunca tendría un niño sentado en sus rodillas, mientras Brindon querría tener montones de ellos, todos con su ADN. Ella, por el contrario, tenía todas las papeletas para ser un fracaso, como lo había sido su madre. De modo que cuanto antes dejase de hacerse la buena, antes se daría cuenta Brindon de que no

era la mujer de su vida.

Y cuando terminasen los tres meses, no los ataría nada en absoluto. Él seguiría buscando a la mujer perfecta y ella se quedaría sola... con Tiggy.

Briny esperaba en medio del salón a que Dorian pusiera la música. Nunca había parecido más reticente, como si la idea de estar en sus brazos le resultase insoportable. Y era lógico. Por mucho que hubiera aprendido, por muchos trajes de diseño que llevase, seguía siendo un peón de Chaco Oil en Slapdown.

Quizá era cierto eso de que cuanto más se conoce a alguien menos se lo respeta. Al principio había creído que si aprendía lo suficiente, si era capaz de pulir sus maneras podría acercarse a Dorian. Pero las diferencias entre ellos eran como el Gran Cañón y no había suficientes libros o ropa de diseño en todo Texas como para llenar ese hueco.

Además, Dorian se había puesto nerviosa en el club de campo cuando Tiggy le estaba tirando los tejos y eso solo significaba una cosa: no lo consideraba suficientemente bueno para su amiga. Y si no era bueno para su amiga, lo sería mucho menos para ella.

Intentaba ser amable, pero no quería que saliese con Tiggy.

Sin embargo, cada día se conocían mejor y quizá... con un poco de suerte, podría sentirse atraída por él. ¿Por qué no? Además, Brindon creía en la suerte. Al fin y al cabo, le había tocado la lotería. Los milagros existían y los sueños podían hacerse realidad.

Si durante las semanas siguientes ponía todo de su parte, Dorian quizá podría verlo como un hombre y no como un pupilo. Quizá entonces sus sentimientos por él se convertirían en algo más permanente.

¿Y qué mejor momento para empezar que aquel, cuando iba a tenerla entre sus brazos?

CAPÍTULO 8

DORIAN tardó todo lo que pudo en poner el CD y ajustar el volumen. Cuando se volvió, Brindon seguía esperando pacientemente en medio del salón. En vaqueros y con los pies descalzos, resultaba enternecedor. .

—¿Qué quieres que haga?

Ella suspiró. ¿Cómo podía decirle lo que pasaba por su lujuriosa cabeza?

—Primero, tienes que ponerte en posición.

—¡Sí, señor!

Dorian intentó disimular el nerviosismo cuando la tomó por la cintura. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Porque sabía dónde podía llevarlos una actividad tan inocente como bailar un vals?

Entonces intentó explicarle con su mejor voz de tutora lo que tenía que hacer.

—Dos pasos a un lado y uno atrás.

—Me pongo en tus manos. Tú sabes lo que haces.

No, no lo sabía. Si lo supiera no estaría bailando con él, pensó Dorian. Si lo supiera, habría contratado al mejor profesor de baile de Dallas. ¿Por qué era Brindon tan confiado? ¿No sabía que estaba en manos de una caprichosa heredera con ganas de juerga?

Cuando Brindon la apretó contra su pecho empezaron a temblarle las piernas. Todo en él era sexy, hasta sus pies desnudos, largos, con el empeine alto y los dedos bien formados.

Cielos. Si los dedos de sus pies la excitaban estaba perdida.

—¿Has practicado algún deporte? —preguntó, por decir algo.

—Escaparme de clase —rio Brindon.

Dorian sabía algo de eso. Se había escapado muchas veces de Creighton para ir a Nueva York. ¿Y qué lección había aprendido después, cuando estaba castigada sin salir durante una semana? Que si juegas con fuego, te quemas.

Brindon Tucker era un hombre muy alto y la sorprendía que sus cuerpos pareciesen ajustarse el uno al otro como si fueran piezas de un rompecabezas. Con su metro setenta y ocho descalza, normalmente era tan alta como cualquier hombre, pero Brindon debía de medir casi uno noventa.

Eso le llevó viejos recuerdos. Una profesora de gimnasia, por ejemplo, que le dijo: «Si no dejas de crecer parecerás una amazona». A los trece años eso la había dejado acomplejada. Como no podía controlar su estatura, Donan se dedicó a controlar su peso. Y a partir de ahí las dietas se convirtieron en una forma de vida. Solo con fuerza de voluntad consiguió evitar los desórdenes alimenticios que sufrían muchas de sus compañeras.

Más tarde, cuando vio que la ropa de diseño le quedaba mejor a una chica alta, se concentró en llevar los vestidos más exclusivos como otras personas se concentran en su carrera. Muchos creían que lo hacía solo por vanidad, pero se equivocaban. El miedo estaba detrás de todo. Si perdía el control, si comía demasiado, la profecía de su profesora de gimnasia se haría realidad. Y su vida adulta sería tan infeliz como lo fue su adolescencia.

A pesar de su aspecto físico, seguía sintiéndose como una cría de trece años demasiado alta y demasiado flaca. Y esos recuerdos aparecían en el momento más inesperado. Sin embargo, presentó batalla. Si no prestaba atención a los chicos de Haverton, el colegio vecino, no le hacía daño que no le hicieran caso. Si no pensaba en su madre, no le dolía que nunca fuese a verla. Ni siquiera estar separada de su abuela le hacía daño si conseguía que no le importase.

La vida no podía doler si uno no necesitaba nada. Querer cosas estaba bien, necesitar a la gente, no. Esa era su filosofía.

¿De verdad había adoptado una filosofía tan fatalista?

—¿Qué tal lo hago? —preguntó Brindon.

—Muy bien. ¿Seguro que no has bailado antes?

—Solo he bailado country. Si quieres, puedo enseñarte.

La oferta complació a Dorian más de lo que hubiese querido admitir.

—No estaría mal.

—¿A que estamos bailando El Danubio Azul?

—Exactamente —sonrió ella—. Eres un buen alumno.

Aprendía muy rápido. ¿Dónde habría llegado de haber tenido las oportunidades académicas que ella tuvo?, se preguntó. Seguramente, en lugar de acumular dinero se habría dedicado a causas benéficas. Porque poseía el mismo altruismo y la misma generosidad que la chica de su clase que quería ser médico.

Dorian lo admiraba por no haberse convertido en una víctima de su terrible infancia. Eso demostraba una gran fuerza de carácter.

En realidad, la había contratado para enseñarle, pero era ella quien estaba aprendiendo. Y por mucho que quisiera negarse a sí misma la realidad de que estaba enamorada, esa realidad estaba allí, en su corazón.

Lo que tenía que hacer era trazar un plan para mejorar como persona. Quizá entonces Brindon podría amarla.

Cuando estaban dando una vuelta, él la pisó.

—Perdona, lo siento… menos mal que voy descalzo. ¿Te he hecho daño?

—No me has hecho daño, no te preocupes.

—No quiero hacerte daño, Dori.

Dori. Le gustaba que la llamase así. Ese diminutivo la inspiraba, le hacía albergar esperanzas. Dori no tendría miedo de sus sentimientos, no tendría . miedo de amar a un hombre y vivir feliz para siempre con él.

Ella no era Dori. Aún. Pero podía serlo. La idea de que Brindon pudiese amarla la llenaba de emoción.

—¿No tienes una música más lenta? —le preguntó él al oído.

—¿Por qué?

—Porque quiero bailar algo que no sea un vals.

Dorian tragó saliva. Ella también quería algo diferente, pero no tenía nada que ver con el baile.

—Voy a ver qué encuentro —murmuró.

Quitó el CD y puso un disco de Frank Sinatra. Mientras tanto, Brindon apagó las luces y encendió una vela de las que tenía sobre la chimenea.

—¿Qué haces?

Aquello no le gustaba nada. Ella tenía un plan. Y no pensaba dejar que el príncipe la engatusase antes de estar preparada para ello.

—¿Tú qué crees que estoy haciendo?

—No se aprende a bailar en la oscuridad —protestó Dorian.

—Te sorprendería saber lo que una persona puede aprender con las luces apagadas —sonrió Brindon, tirando de ella como si fueran Fred Astaire y Ginger Rogers—. ¿Qué te ha parecido ese movimiento, profesora?

—Lo haces divinamente. Por eso deberíamos irnos a dormir. No creo que me necesites.

—Claro que te necesito —murmuró él, apretándola contra su pecho. Tenía una voz de esas que las mujeres sueñan escuchar en la cama—. Un hombre no puede bailar sin su pareja.

Afortunadamente, Brindon no podía leer sus pensamientos. Porque si supiera lo que estaba pensando... Pero no era el momento. No podía conformarse con un revolcón cuando tenía el amor al alcance de la mano.

—Hacemos un buen equipo, Dori.

—No me llames así.

Aún no. Quería que se lo llamase cuando hubiera cambiado, cuando fuese la mujer que quería ser.

—Estás temblando, cariño. ¿Qué te pasa?

—Nada.

Todo. Nunca había tenido éxito en la vida. En realidad, nunca se había propuesto tener éxito. ¿Por qué pensaba que podría cambiar?

—¿No puedes contarme qué te pasa?

—No.

No podía decirle que estaba enamorada de él, pero tenía miedo de hacerle daño. No podía decirle que quería convertirse en mejor persona por él. Y especialmente no podía decirle que quería tirarse de cabeza en aquella piscina de sentimientos y emociones que solo él despertaba.

Una solitaria lágrima se deslizó por su cara antes de que Dorian pudiese evitarlo.

—¿Qué pasa, Dori? ¿He dicho algo malo?

—No.

—¿Por qué no puedes contármelo? ¿No confías en mí?

—No es eso...

Brindon levantó su barbilla con un dedo y besó aquella lágrima con labios temblorosos. Frank Sinatra seguía cantando canciones de amor y se movían casi sin pensar, como si estuvieran borrachos.

Dorian hubiera querido apartarse, pero no era capaz. Llevaba toda la vida esperando aquel momento. Cuando cerró los ojos, Brindon la besó en los párpados, primero uno, luego otro.

La música seguía, pero ellos dejaron de moverse. Se miraron a los ojos, desconcertados. Y entonces Dorian le echó los brazos al

cuello, ofreciéndole su boca.

Y él la besó. No había ninguna vacilación en aquel beso. Sabía lo que quería y lo buscaba, abriendo sus labios con la lengua, deslizándose hasta el interior para acariciarla, para devorarla. Dorian solo permanecía en pie porque él la sujetaba firmemente.

Mientras la besaba, acariciaba su espalda, su pelo, sus costados como si tuvieran cien manos. Dorian no sabía qué la sorprendía más: el ansia de Brindon o la suya propia.

Sin soltarla, la llevó hasta el sofá y la sentó sobre sus piernas.

—Nos hemos dejado llevar —murmuró, acariciando su pelo.

—Sí, es verdad.

—Y no sé adónde vamos —dijo Brindon entonces con voz ronca —. No sé si tú quieres lo mismo que yo.

—Lo siento. No debería haber empezado algo que,no podemos terminar.

El dejó escapar un suspiro.

—No sé quién ha empezado, pero sé que algo te preocupa. Cuéntamelo, Dorian.

—No puedo.

¿Cómo podía contarle lo que le estaba pasando? Ni ella misma lo entendía, pero sabía que hacer el amor lo estropearía todo. Si sucumbía a sus deseos destrozaría la oportunidad de un final feliz.

—Puedes llorar, Dori.

—Yo no lloro.

—¿Ah, no? ¿Y qué es esto? —preguntó Brindon, secando una lágrima con el dedo.

—Fluido óptico, necesario para evitar que el ojo se seque.

—Todos lloramos, tonta. No hay que avergonzarse.

—Yo no lloro —insistió Dorian—. Dejé de hacerlo hace mucho tiempo.

—¿Por qué? Dime qué te asusta.

¿Cómo podía revelarle el secreto que había guardado durante trece años?

—Cuéntamelo, bonita.

—No puedo.

—Nada de lo que tú cuentes me parecería horrible, Dori.

—Nunca se lo he contado a nadie.

—A mí puedes contarme cualquier cosa. No soy un juez, Dorian.

No voy a juzgarte.

Nadie le había dicho eso antes. Nadie le había ofrecido tanto cariño sin esperar algo a cambio.

—Dejé de creer en el amor hace mucho tiempo. Mi padre desperdició su amor en una mujer que no lo amaba. Y ese amor le costó la vida. Los médicos dijeron que había muerto por una sobredosis accidental de pastillas, pero mi padre llevaba años medicándose y conocía la dosis perfectamente —empezó a decir entonces, sin mirarlo—. Estaba recluido en la cama porque sufría esclerosis múltiple, pero su mente era tan lúcida como lo había sido siempre. Planeó su muerte y lo hizo con toda frialdad.

Cuando terminó de contarlo, Dorian no pudo contener un sollozo.

—Por Dios, cielo —murmuró Brindon, apretándola contra su corazón—. Cómo debiste de sufrir.

—Mi madre se puso un vestido negro y aparentó estar muy triste en el funeral, pero no era verdad. Mi padre estaba muerto por su culpa. Oí a mis padres discutir dos días antes del «accidente». Cassandra, la reina del drama, le gritaba que ya no podía soportarlo. No podía soportarlo… una enfermedad terrible mantenía a mi padre en la cama y era ella quien no podía soportarlo —suspiró Dorian—. Mientras mi padre languidecía en una habitación oscura, Cassandra seguía yendo de fiesta en fiesta. Él iba al médico, ella de compras. Lo importante para Cassandra era mantener las apariencias. Seguía organizando cenas y fiestas, sin pensar en lo que estaba sufriendo mi padre.

—¿Y qué pasó? No se lo has contado a nadie, pero puedes contármelo a mí.

—Yo tenía trece años. Había ido con Tiggy de compras y su chófer me llevó a casa. Cuando subía la escalera oí gritar a mi madre. Recuerdo la conversación como si fuera ayer, palabra por palabra…

Dorian la repitió, como si reviviendo aquel momento pudiera librarse de sus fantasmas:

—Te necesito… quédate conmigo un rato.

—Ya te he dicho que tengo otros planes.

—Por favor quédate Cassandra, no me encuentro bien. Solo por hoy.

—¿Solo por hoy? ¿No te das cuenta de que mi vida ha cambiado por tu culpa?

—Lo siento.

—Yo también lo siento, John. Siento que estés enfermo y siento mucho que nunca vayas a ponerte mejor. Siento que tu vida esté terminada, pero la mía no. Yo estoy sana y tengo ganas de vivir. ¿Por qué voy a dejarlo todo?

—No te pido... que lo dejes todo —suspiró su padre. Donan sabía cuánto le costaba respirar. El médico había dicho que pronto necesitaría respiración asistida.

—No, tú no me lo has pedido —replicó Cassandra—. Tú solo estás ahí, paralizado e...

—¿Inútil?

—Tú lo has dicho, no yo.

—Te quiero, Cassandra. Siempre... te he querido.

—Llevas un año sin quererme, John. Pero no te preocupes. He encontrado a otro hombre que puede atender mis necesidades. Pero mientras sigas vivo no puedo tener una vida de verdad. ¡No puedo soportar este limbo!

Donan estaba apoyada en la puerta, con su corazón de niña acelerado, descubriendo sin querer el primer horror de su vida. Hubiera deseado entrar en la habitación y golpear a su madre hasta que retirase esas palabras, pero no se movió.

—¿Quieres... el divorcio? —preguntó su padre.

Cassandra soltó una carcajada.

—¿El divorcio? John, por favor... eso no me conviene. No soy fiel, pero soy paciente. Puedo esperar.

—¿Que yo... muera?

—Los dos sabemos que solo es una cuestión de tiempo.

—Quizá no tendrás que... esperar mucho.

Fue entonces cuando Dorian salió corriendo. Hasta aquel momento había rezado cada noche para que su padre se pusiera bien, pero acababa de descubrir que iba a morirse. Llegó corriendo al parque y se metió bajo un banco de madera, con la fría luz gris del día más triste de su vida.

Lloró hasta que no le quedaron más lágrimas. Cuando se hizo de noche, volvió a la casa que ya nunca sería su hogar. Entró en la habitación de su padre, que estaba dormido, y apoyó la cabeza en el

edredón. Cuando despertase le diría cuánto le quería. Quizá así podría compensar las horribles palabras de Cassandra.

—Cuarenta y ocho horas más tarde, mi padre murió.

—Lo siento mucho, Dori.

—Dijeron que la sobredosis de pastillas fue un accidente, pero yo sabía que no era verdad. Sin embargo, nadie quiso admitirlo.

—Pero tú lo sabías.

—Y guardé el secreto para proteger a mi madre —suspiró Dorian—. No sé por qué, no se lo merecía.

Y el día del funeral hizo una promesa: nunca volvería a llorar. Ni a querer a nadie. Jamás.

Sus sentimientos por Brindon le habían hecho albergar esperanzas de que podría curar su herida. Pero ¿de verdad había una esperanza de futuro con Brindon Z. Tucker o se estaba engañando a sí misma?

CAPÍTULO 9

BRINDON seguía abrazándola a la luz de las velas cuando Frank Sinatra cantaba su última canción. Nunca habría podido imaginar que la vida de Dorian fuese tan triste, tan dolorosa.

—¿Nunca hablaste con tu madre sobre lo que había pasado?

—No hablo con mi madre. Cassandra Burrell no me ha hecho ni caso desde el día que nací. No le intereso en absoluto.

—¿Y tu abuela? ¿Tampoco hablas con ella?

—¿Para qué voy a contárselo, para romperle el corazón?

—Es cierto —suspiró Brindon.

—Mi abuela ha abandonado toda esperanza conmigo. Soy una gran desilusión para ella.

—Lo dudo.

—Es cierto. Me quiere mucho, pero le gustaría que fuese como mi padre. Desgraciadamente, me parezco a la mujer que lo mató.

—Tú no eres como tu madre, Dorian.

—¿Cómo lo sabes? Me parezco a ella, actúo como ella, no he hecho nada útil en toda mi vida. Soy caprichosa, egoísta y manipuladora. Me temo que soy igual que Cassandra.

—Que tengáis el mismo color de pelo no significa nada. Tú puedes ser lo que quieras, Dorian.

—¿Puedo preguntarte una cosa? —preguntó ella entonces, apartándose.

—Sí, claro.

—¿Me dirás la verdad?

—Yo siempre digo la verdad.

—¿Por qué me has besado?

Desde luego, iba directa al grano, algo que a Brindon le parecía encantador.

—Llevo deseando besarte desde el día que te vi en la oficina de Malcolm O'Neal.

—¿De verdad? Entonces, ¿te sientes atraído por mi físico?

—No, no es solo eso.

Lo atraía su confianza, su seguridad y esa actitud suya, como si se creyera superior al resto del mundo. Brindon sonrió. ¿Cómo podía decirle eso después de haber descubierto lo frágil que era?

—No te sentías atraído por mi mente, desde luego. Ni por mi personalidad, porque no fui muy agradable contigo aquel día. —No, más bien fuiste... ¿Condescendiente, arrogante?

El sonrió.

—Me has enseñado mucho, Dorian.

Y había algo seguro. Podía amarla si ella lo dejaba. Lo había sospechado desde el principio, pero cuando Dorian respondió al beso fue como una revelación.

—No creo que te haya enseñado gran cosa.

—Te equivocas, Dori.

—No me equivoco. Hay algo que no entiendes. Cuando me contrataste yo pensé que debía convertirte en un rico caprichoso, egoísta y cínico.

—¿Y?

—Que fracasé.

—Pero he cambiado mucho.

—No has cambiado en absoluto. Has aprendido cosas, te has refinado un poco, pero sigues siendo la misma persona. Sigues siendo generoso, idealista, bueno... quizá la gente no cambia —dijo Dorian entonces, sin poder disimular la tristeza.

—¿Por qué piensas eso?

—La enfermedad de mi padre no lo cambió. Y tampoco cambió mi madre. Tenía un esposo amante y una hija que necesitaba su amor, pero nada de lo que nosotros podíamos darle la satisfacía.

—Te he dicho que tú no eres tu madre, Dori.

—Una vez hice clases de cerámica. Pensé que era una artista porque podía convertir un pedazo de arcilla en algo bonito.

—Eso es lo que has hecho conmigo —sonrió Brindon—. Cuando nos conocimos yo era un trozo de arcilla.

Dorian negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Ni el mejor artista del mundo puede convertir un aburrido trozo de arcilla en una obra de arte... a menos que la obra de arte ya está ahí, dispuesta a ser descubierta.

—No te entiendo —suspiró él.

—Lo que quiero decir es que yo no he hecho nada. Tú siempre has tenido potencial para ser lo que eres.

—Te equivocas. La gente no está hecha de piedra o de arcilla. Lo que nos hace diferentes del resto de las criaturas de este planeta es

nuestra capacidad para razonar, para amar, para sentir compasión, para ser lo que queremos ser. Y para eso todos necesitamos ayuda.

—¿Crees eso de verdad?

—Si no lo creyera, no estaría aquí.

—¿De dónde sales, Brindon? Me gustaría saberlo.

—Nací y crecí en Slapdown, ya lo sabes.

Dorian sonrió.

—¿De dónde sale tu potencial? ¿Cómo te has convertido en el hombre que eres? Tu madre murió cuando eras muy pequeño.

—Mi madre murió en un accidente de coche. Yo iba en el asiento trasero y no sufrí ni un solo rasguño. Y cuando me hice mayor pensé que había sobrevivido por algún motivo y que mi obligación era descubrir cuál era ese motivo.

—Pero tu padre te abandonó.

—Mi padre tenía sus propios problemas. Perder a mi madre fue para él una tragedia que no supo sobrellevar.

—Te dejaba solo en casa, sin comida...

—Mi vecina me daba de comer. Me ofrecía ropa de sus hijos, me llevaba al colegio. Y las monjas del orfanato siempre creyeron en mí. La directora, la señora Appleton, me regañaba cuando pensaba que estaba desviándome del camino. Era muy lista y fue una persona fundamental en mi vida. Cuando tuve que dejar el orfanato lloré como si estuviera dejando a mi familia.

—¿Y qué hiciste?

—Busqué trabajo en Chaco Oil. El señor Appleton me recomendó y, como no quería decepcionarle, trabajé día y noche.

—¿Lo ves? Estás confirmando lo que yo pensaba. Siempre has sido una persona maravillosa. Al contrario que yo, que solo soy la mejor cliente de los diseñadores de moda.

—Eso no es verdad —protestó Brindon. Sabía que los siguientes minutos podrían ser los más importantes de su vida—. Tú nunca has intentado conseguir algo porque no te han enseñado a hacerlo. Nadie ha creído nunca en ti, nadie te ha animado. Y lo peor de todo es que tú nunca has creído en ti misma.

Dorian dejó escapar una risita irónica.

—Por un momento, he creído que podía cambiar. Pero solo estaba engañándome a mí misma.

—Yo creo en ti, Dori. —No digas eso.

—Lo digo de corazón.
—No me hagas promesas, Brindon.
—No hagoo promesas que no pueda cumplir.
—Mira, ya no me necesitas. Deberías comprarte una casa y empezar a...
—¡Un momento! Has firmado un contrato de tres meses y aún nos quedan seis semanas.
—No pensarás obligarme, ¿no?
—Claro que sí.
Por supuesto que lo haría. Para no perderla. Necesitaba tiempo para hacerle ver el potencial que había en su interior.
—No podemos seguir viviendo juntos. La gente no cambia, pero las situaciones sí. Hemos cruzado una línea que...
—Un trato es un trato —la interrumpió Brindon.
Cuatro semanas antes había pensado que Dorian estaba fuera de su alcance y se contentaba con adorarla desde lejos, sin decir nada. Pero el cuento de hadas podría hacerse realidad... si ella lo permitía.
—¿Qué vamos a hacer?
—Buscaré una casa, pero insisto en que sigas siendo mi profesorahasta que termine el contrato.
Dorian dejó escapar un suspiro.
—Muy bien. Como tú quieras. Te ayudaré a buscar una casa a partir de mañana. ¿Quieres comprar o alquilar?
—Alquilar. Por el momento.
Ella se levantó entonces del sofá y le dio un beso en la mejilla.
—Gracias.
—¿Por qué?
—Por ser como eres. Y por creer en mí.
—De nada —sonrió Brindon.
Cuando la conoció, pensaba que su seguridad era debida a que lo tenía todo. Después de conocerla, se daba cuenta de que solo era una fachada para esconder que no tenía nada de lo que quería.
Estaban en una encrucijada. Podrían separarse y seguir caminos distintos... o seguir juntos. Y entonces, ¿cómo terminaría aquella historia?

Dorian descubrió al día siguiente que la suerte estaba de su lado. Se encontró con un vecino en el ascensor, un famoso decorador de interiores, que se marchaba a Europa durante dos meses y quería alquilar su apartamento.

Unos días después, Brindon y Reba estaban instalados en el apartamento del segundo piso. Al principio su vecino puso pegas por la perra, pero Brindon lo convenció de que con Reba tendría un guardián permanente para su valiosa colección de antigüedades.

Cuando se marchó del dúplex, Dorian se sintió un poco sola. Pero la soledad la animó a empezar con su plan. Tenía menos de dos meses para cambiar de vida... y para conquistar a Brindon.

Seguían dando clases todas las mañanas, pero él solía pasarse la tarde en el ordenador. Algunas noches salían a alguna exposición, a cenar o a un desfile de moda.

Donan le presentó a gente a la que debía conocer, gente poderosa, con conexiones, y Brindon se hizo amigo de todo el mundo. Tenía esa cualidad excepcional, ese algo especial que atraía a los demás.

Los más ricos gravitaban a su alrededor, quizá porque Brindon no parecía impresionado por su dinero ni intimidado por su poder.

Poco a poco, Dorian se dio cuenta de que sus amigos cambiaban estando con él. Parecían menos vacíos, menos cínicos, menos insignificantes.

Ya no tenía que preocuparse por su pupilo. Sería un éxito fuera cual fuera la empresa a la que dedicase sus esfuerzos.

Y como tenía más tiempo para sí misma, empezó a trabajar en el programa que había trazado para convertirse en mejor persona.

Una mañana, Dorian llamó a la puerta del apartamento y le dijo a Brindon que se pusiera un chándal porque tenía planeada una actividad especial.

—Yo conduzco —dijo, quitándole las llaves de la mano.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a construir una casa —contestó ella.

—¿Qué?

—¿Has oído hablar de Hábitat para la Humanidad?

—Sí. Son voluntarios que hacen casas para gente pobre, ¿no?

—Eso es. He pensado que estarías harto de jugar al golf y de contar tu dinero.

Brindon soltó una carcajada.

—¿Y por eso voy a trabajar de albañil?

—Vamos a hacerlo los dos. Por supuesto, yo no tengo ni idea, pero me han dicho que es fácil. Aquello solo era una parte del plan. Una semana antes, Tiggy y ella le llevaron dos cajas de ropa a la señora Treadwell, de la Fundación Ayuda a los Niños, con objeto de que las entregase a un albergue para mujeres maltratadas. Y mientras estaba allí, la señora Treadwell la convenció para que diese clases de arte a los niños dos veces por semana.

Dorian llamó a Justin Green, el experto en informática, y le pidió que hiciera un programa de arte especialmente diseñado para niños. El primer día de clase, uno de los críos, un pequeñajo de pelo revuelto, le contó que unos señores estaban construyendo una casa para su familia porque la que tenían había quedado destrozada después de un incendio.

Y hacia allí iban. A ayudar en la construcción. —¿Te das cuenta de que podrías romperte una uña? —preguntó Brindon.

—Estoy dispuesta a sacrificar mis uñas por una buena causa.

Dos horas después, Briny estaba colocando una pared de madera mientras miraba a Dorian por el rabillo del ojo. Era una trabajadora nata y lo hacía con la misma concentración con la que escucharía una ópera. No se quejaba del calor, ni del cansancio... y no necesitaba supervisión.

Llevaba el pelo recogido con un pañuelo y unos vaqueros que se ajustaban a su trasero de forma escandalosa. Mientras aplicaba paletadas de yeso en una pared, Brindon veía el movimiento de sus pechos bajo la camiseta... y sentía que se quemaba por dentro.

Se miraron entonces y supo que tenía que tomar una decisión: o la besaba o se daba una ducha fría.

La tomó por la cintura, pero cuando iba a besarla llegó alguien con refrescos y se apartaron como si fueran dos críos.

Aquella noche estaban demasiado cansados como para cocinar y, después de ducharse cada uno en su apartamento, se reunieron en el de Dorian para comer la pizza que habían pedido por teléfono.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Brindon.

—Agotada, pero bien. Y tengo hambre.

—Pues ya verás mañana. Te dolerán músculos que ni siquiera sabías que existieran.

—Ya me duele todo. Pero no me importa.

—Yo siempre he hecho trabajo manual, así que estoy acostumbrado.

—¿Sabes que esa pobre familia llevaba dos meses viviendo en un coche?

—Hay mucha gente que sufre en el mundo —suspiró Brindon—. Cuando me tocó la lotería me pregunté por qué me había pasado precisamente a mí.

—¿Sigues sin creer la suerte que has tenido? —preguntó Dorian.

—He estado pensando en lo que voy a hacer con el dinero.

—¿Y?

—Te lo diré cuando lo sepa. Ser rico es complicado. En Slapdown nunca tenía nada a final de mes.

—Háblame de tu pueblo —dijo ella entonces.

—No hay mucho que contar. Tiene una plaza, un bar, una peluquería, una tienda, una estafeta de correos... Hay más serpientes y armadillos que personas. Mucho viento y mucho polvo.

—¿Y dónde vivías tú?

—En un viejo trailer a las afueras del pueblo —contestó Brindon.

—No me lo puedo imaginar —sonrió Dorian.

—¿Quieres verlo?

—¿Qué?

—Había pensado visitar a mis amigos este fin de semana. La verdad es que... he hecho una inversión allí.

—¿Has comprado un terreno en Slapdown? —preguntó Dorian, sorprendida.

No se le había ocurrido pensar que Brindon quisiera volver a su pueblo. Cuando se atrevía a pensar en el futuro, lo imaginaba en Dallas. Con ella.

Sin embargo, a pesar de haberse convertido en un caballero, Brindon Z. Tucker seguía teniendo otra vida. Una de la que ella no sabía nada.

—Ven conmigo a Slapdown. A la vuelta podríamos pasar por el

orfanato… y te presentaré a los Appleton, ¿qué te parece?

Donan hubiera querido decir que no pero, por supuesto, dijo que sí.

CAPÍTULO 10

VAS A hablarme de esa propiedad en Slapdown?

Dorian y Brindon habían bajado del coche para que Reba hiciera sus cosas en el arcén.

—¿Qué quieres saber? —preguntó él, sacando una botella de agua de la nevera portátil.

Llevaban dos horas de viaje y hacía un calor terrible. En Texas, los últimos días de agosto eran un horno y Brindon ya no estaba acostumbrado. También se había pasado la vida solo, pero después de unas semanas con Dorian ya no podría vivir sin ella.

—¿Vas a contármelo o no?

—Claro.

Dorian dejó escapar un suspiro.

—¿Qué tengo que hacer? ¿Suplicarte para que me lo cuentes?

—Podrías pestañear. Bueno, ¿qué quieres saber?

Ella no contestó inmediatamente. Se colocó las gafas de sol y miró el paisaje, seco y solitario.

—¿Quieres vivir aquí otra vez?

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te importaría?

«Tiene que importarte, maldita sea. Tiene que importarte esta relación».

—Solo lo pregunto por curiosidad —se encogió Dorian de hombros.

—Ya casi hemos llegado. Pronto te enterarás —dijo Brindon entonces, pasándole un brazo por los hombros—. Es una sorpresa.

—No todas las sorpresas son agradables.

—¿Ah, no?

Dorian empezó a abanicarse con la mano.

—Aquí hace calor. ¿Nos vamos?

De vuelta en el coche permanecieron en silencio. Briny estaba seguro de que ella tenía más interés del que aparentaba, pero quería esconderlo. Sin embargo, esperaba que aquel viaje les permitiera hablar abiertamente sobre sus sentimientos. Y sobre su futuro.

Quería que Dorian fuese parte de su vida. Pero antes de decirle que la quería necesitaba una señal, un signo de que ella sentía lo mismo. Cada vez que intentaba hablarle de su relación, Dorian se

escapaba con cualquier excusa.

Después de la noche de Frank Sinatra, cuando le reveló la tragedia de sus padres, parecía estar permanentemente ocupada. Y cuando le preguntaba en qué estaba trabajando, se salía por la tangente diciendo que era un proyecto suyo.

Briny no podía soportar estar lejos de ella. Cuando no estaba se sentía solo, perdido. Estaba deseando oír su voz, ver su cara, tocarla. Invadía sus pensamientos y sus sueños.

Si eso no era amor, no sabía qué podía serlo. Sabía que Dorian no era perfecta, que tenía fallos y defectos, como todo el mundo. Pero en ella había una belleza interior que la propia Dorian no queríaa ver. Tenía el potencial para convertirse en una mujer maravillosa y Briny quería estar allí cuando hiciera el descubrimiento.

El problema era que el contrato estaba a punto de expirar. Se quedaba sin tiempo y estaba decidido a revelarle sus sentimientos durante aquel viaje.

Aunque decirle la verdad significara perderla para siempre.

Brindon detuvo el coche delante de la inmobiliaria de Slapdown para pedir la llave de aquella misteriosa propiedad. Un segundo después, estaban en la calle principal del pueblo.

No se movía nada ni nadie. Slapdown no era un sitio donde la gente tuviera prisa. Y tampoco había mucho que ver. Dorian observó a un perro negro cruzando perezosamente la calle y a dos niños sin camisa montando en bicicleta.

En la plaza había un viejo roble con unas escalinatas y un anciano sentado en ellas, abanicándose con el periódico.

—Es Herb Finnerman. Te juro que estaba sentado en el mismo sitio cuando me fui a Dallas.

—Slapdown no es exactamente una metrópolis, ¿no?

—No. Si quieres divertirte tienes que ir a Midland... mira, ahí es donde compré el billete de lotería. La compraba todas las semanas y siempre ponía los mismo números.

—¿Cuántas veces te tocó?

—Solo una vez. Nunca me había tocado nada hasta entonces.

Reba había ido dormida durante casi todo el camino, pero de

repente se animó. Sacó la cabeza por la ventanilla y se puso a ladrar, como anunciando su llegada.

—Parece que ha reconocido el pueblo.

—Se alegra de estar aquí —sonrió Brindon—. Y yo también.

—¿Has seguido en contacto con tus amigos mientras estabas en Dallas?

—Sí, claro —sonrió él, sacando la mano por la ventanilla para saludar a una mujer—. Es Connie Birdsong. Lleva años intentando que Slapdown se convierta en un centro de antigüedades, pero nadie alquila los locales.

—¿Hay hospital en el pueblo?

Brindon dejó escapar un suspiro.

—El proyecto lleva años parado. Pero si hubiera un hospital aquí, los vecinos no tendrían que conducir cincuenta kilómetros cada vez que se ponen enfermos. Y vendría gente a vivir a Slapdown. Los jóvenes se van a Dallas o a Tucson.

—Tú podrías echar una mano, ¿no?

—Eso espero. Le tengo cariño a este pueblo y aquí hay muchas cosas por resolver.

Poco después, Brindon señalaba un edificio de madera.

—Ahí es donde se reúne todo el mundo por la noche. Te he hablado del bar de Pete, ¿verdad?

—Sí, creo que sí.

—Pete hace un pollo a la barbacoa como para chuparse los dedos. Ya verás, te gustará. Estupendo. Porque lo que había visto de Slap down hasta entonces no era precisamente como para dar saltos de alegría.

—¿Habrá una fiesta de bienvenida?

—Creo que sí —sonrió él—. Pero recuerda que aquí nadie me llama Brindon. Todos me llaman Briny.

—Ya, claro.

Donan se sentía como transportada a otro planeta. Aquel pueblo no tenía nada que ver con las lujosas mansiones y los sofisticados dúplex de Dallas.

La hierba estaba seca y las pocas petunias que crecían delante de las casas no tenían color. Todo en el pueblo parecía cubierto de una fina capa de polvo. Su abuela lo llamaba «el polvo de talco de Texas».

Medio kilómetro después, Brindon detuvo el coche frente a una casa prefabricada.

—Ya estamos aquí.

—¿Esta es la propiedad que has comprado?

—No, no la he comprado.

—Ah, qué susto.

—Pero la tengo apalabrada. Iré a dar el depósito esta tarde.

—Claro, no querrás que te roben este tesoro —murmuró ella, irónica.

—Venga, vamos.

Cuando entraron, Dorian recibió una bofetada de calor.

—Por favor... esto es un horno.

Brindon encendió entonces el «aire acondicionado», que era en realidad un ventilador colocado en el techo.

—Enseguida estará más fresco.

Dorian miró alrededor, sorprendida. Los muebles eran viejos y la moqueta más vieja todavía. ¿Qué estaban haciendo allí? Brindon no podía estar pensando seriamente en comprar aquella chabola. Le había enseñado las cosas más refinadas de la vida y...

¿Sería cierto el viejo refrán sobre el pelo de la dehesa?

—Art me ha dicho que su mujer ha puesto sábanas limpias.

—Qué bien.

—Esta es tu habitación. Y el cuarto de baño está aquí. Si quieres ducharte antes de ir a la fiesta...

—Sí, gracias.

Dorian miró alrededor. No sabía qué estaba haciendo allí y, desde luego, jamás podría acostumbrarse a un sitio como aquel. Tenía ganas de llorar, pero no pensaba hacerlo. Debía concentrarse, concentrarse... cuando había dudas, lo mejor era pensar en ropa.

—¿Qué debo ponerme?

—Lo que quieras. Ponte algo cómodo.

El problema era que no había llevado nada cómodo. Nada lo suficientemente cómodo como para estar en aquel chamizo.

—No puedo ir a la fiesta, Brindon.

—Claro que puedes.

—Me encontraría fuera de lugar.

—¿Por qué?

—Porque sí. Y tus amigos me odiarían.

—No lo creo.

Seguro que sí. Se odiaba a sí misma por pensar que era demasiado buena como para vivir en aquel sitio. Por querer volver a Dallas lo antes posible. Ella no era como Brindon y sospechaba que la compasión era una cualidad de la que carecía.

—Es que estoy muy cansada. ¿Tenemos tiempo para dormir un rato?

—Sí, claro. Yo tengo que ir al pueblo para solucionar un par de cosas, pero Reba se quedará contigo. ¿No te importa quedarte sola?

—Claro que no —murmuró Dorian, abriendo su bolsa de Louis Vuitton.

—Si estás dormida cuando vuelva, no te despertaré. No tenemos que irnos hasta las siete.

Brindon se inclinó para darle un beso en la frente y Dorian le echó los brazos al cuello.

—¿Te pasa algo?

Estaba enamorada de él, pero no podía tomar lo que quería sin aceptar su forma de vida. Era egoísta e injusto.

El pueblo de Brindon la hacía sentirse incómoda. Aquella casa la hacía sentirse incómoda. ¿Cómo podía explicarle que estar allí le recordaba las diferencias que había entre ellos? Brindon se sentía cómodo en cualquier situación, ella no.

—Es que estoy un poco nerviosa. Como voy a conocer a tus amigos...

Él levantó su barbilla con un dedo. Sus ojos azules brillaban con la misma sinceridad de siempre.

—No tienes por qué estar nerviosa, Dori. Mis amigos se enamorarán de ti.

CAPÍTULO 11

GRITOS, palmaditas en la espalda y saludos entusiastas recibieron a Briny en cuanto entró con Dorian en el bar de Pete. A pesar del tiempo que llevaba en Dallas, aquel recibimiento le hizo sentir que estaba en casa.

Los hombres le daban apretones de mano y algunas chicas se pusieron de puntillas para plantarle un beso en los labios.

Cuando aceptó la invitación de sus amigos, no esperaba que lo tratasen como a un héroe. El no quería que su vuelta ensombreciera el anuncio que haría el alcalde por la noche. Su vuelta a Slapdown no era tan importante como el de la auténtica invitada de honor.

—Estás muy raro. ¿Qué ha sido de tu bigote?

—Vaya, Briny, no sabíamos que fueras tan guapo.

—Pensábamos que te habías olvidado de nosotros.

—¿Qué tal te han tratado en Dallas?

—¿Cuánto tiempo piensas quedarte?

Todo el mundo le hacía preguntas y Briny hacía lo posible por contestar, sin soltar la mano de Dorian. Alta y preciosa como una modelo, era observada con ojo crítico por todo el mundo, pero ella aparentaba tranquilidad... aunque apretaba su mano con fuerza.

Normalmente hospitalarios con los extraños, la gente de Slapdown la trataba como si fuera uno de los suyos... hasta que Brindon dijo quién era.

—Quiero presentarros a una amiga mía que me ha paseado por Dallas y me ha enseñado muchas cosas. Chicos, os presento a Dorian Burrell.

El nombre tuvo un efecto inmediato. Era como si un viento frío hubiera entrado en la cantina, dejando a todo el mundo paralizado.

De repente, la gente empezó a pedir disculpas en voz baja, alejándose de su lado hasta dejarlos solos.

—Eso por traer a la nieta del jefe a la fiesta —murmuró Dorian.

—No sabía que esto iba a pasar. Lo siento.

—Ya te dije que no todas las sorpresas eran agradables —ella intentó sonreír. Pero Briny se daba cuenta de que estaba herida.

Si hubiera sido una chica normal, con un apellido normal... pero era la nieta de Prudente Burrell. «Aristocracia», para la gente de

Slapdown. Personas a las que ellos no se acercaban.

—Sí, los Burrell somos famosos por aterrar a los ciudadanos de Texas. ¡Corred, aquí llega un Burrell!

—No te preocupes. Se acostumbrarán.

—Ya, ya.

—¿Quieres comer algo? —preguntó Brindon.

—No, gracias. No tengo hambre.

—No hemos comido desde las doce de la mañana. ¿Por qué no tomas algo?

—¿Qué tal un whisky?

—Aquí no hay whisky, solo cerveza.

—No me gusta la cerveza. Un refresco.

—Es que no hay refrescos.

—Déjalo, no quiero nada —suspiró Dorian

Briny no sabía qué hacer. No había esperado esa reacción, aunque era comprensible. No se alejaban de ella porque les cayese mal, sino por respeto, por distancia, por incomprensión.

Dorian era la nieta de Prudente Burrell, la mujer para la que trabajaba la mitad del pueblo. En cierto modo, sus destinos estaban controlados por ella y eso le daba un poder que podía usar para bien o para mal. La línea invisible que los separaba de Dorian era igual que la que dividía en Europa a los burgueses y a los aristócratas.

La presencia de la nieta de Prudente Burrell hacía que todo el mundo se sintiera incómodo. Intentaban ser amables, pero no sabían cómo comportarse ante una mujer que llevaba ropa de diseño; una ropa que a ellos les costaría el sueldo de un mes.

Dorian no lo había hecho a propósito; sencillamente no sabía mezclarse con la gente corriente, no estaba acostumbrada.

Las joyas que llevaba eran discretas, pero no había que ser muy listo para darse cuenta de que aquellos pendientes eran de diamantes.

Cuando le preguntó qué podía ponerse, debería haberle dicho que unos vaqueros, pero cuando la vio salir de su habitación con aquel vestido rojo de Armani y aquellas sandalias de tacón con tiras atadas a los tobillos... era una princesa, y a una princesa no se le negaba nada.

Briny seguía admirándola desde lejos, seguía sintiéndose como

un campesino a su lado.

Las mujeres la observaban y ella sabía que lo hacían y que, siendo la naturaleza humana como era, seguramente encontrarían algún defecto. Pero no pensaba dejar que nadie viera lo que sentía. Se había colocado la armadura que la protegía de todo.

Briny no podía culpar a sus convecinos por ese comportamiento. Si él no hubiera tenido un talonario con cincuenta millones de dólares, tampoco se habría atrevido a hablar con ella.

No porque Dorian se sintiera superior, sino porque se sentía inferior a los demás. Por eso mantenía las distancias...

Entonces se le ocurrió algo. La idea de que Dorian Burrell no se creyera suficientemente buena para él era completamente absurda, pero... ¿sería posible?

¿Sería esa la razón por la que se alejaba cada vez que él intentaba acercarse?

Dorian rezaba para que un milagro la llevase de vuelta a Dallas. Prefería ir a una fiesta aburrida o a alguna exposición que estar allí, siendo observada por todo el mundo como si fuera un bicho raro. Había ido al bar de Pete esperando caerle bien a los amigos de Brindon y... le habían demostrado inmediatamente que no era una de los suyos, que . no era de su círculo.

Para empezar, se había puesto el vestido equivocado. Se dio cuenta en cuanto entró por la puerta. Cuando estaba haciendo la maleta pensó que el vestidito rojo con manguitas de farol era perfecto para un pueblo, pero evidentemente se había equivocado. Un vestido que costaba ochocientos dólares no era adecuado para un pueblo como Slapdown.

¿Dónde estaba Brindon?, se preguntó, mirando alrededor. ¿Por qué no iba a rescatarla?

Lo vio entonces comiendo sándwiches mientras charlaba con un par de hombres. Su estómago empezó a protestar, pero no se atrevía a acercarse. Si se levantaba de la silla, todo el mundo la seguiría con la mirada.

Qué ironía. El apellido que tantas puertas le había abierto durante toda su vida, le cerraba aquella. Ser Dorian Burrell en Dallas era más que suficiente. En Slapdown, era un obstáculo.

Pero tenía que intentarlo, se dijo. Aquellos eran los amigos de Brindon. Si les daba la espalda, él pensaría que no le importaba nada.

Respirando profundamente, Dorian tomó el bolso y se acercó a un grupo de mujeres que estaban cerca de la barra.

Por supuesto, dejaron de hablar en cuanto ella apareció.

—Hola.

—Hola —dijeron todas a la vez.

—Me gustan los adornos que Pete ha puesto en la pared. Son muy bonitos.

—Ya.

Se quedaron en silencio durante unos segundos, hasta que una chica joven empezó a contar los problemas que tenía para darle de comer a su hijo. Las otras mujeres dieron su opinión, pero Dorian tuvo que limitarse a asentir. Ella no sabía nada de niños. Entonces alguien habló de comida y decidió que ese era un tema en el que podía aportar algo:

—Mi Bous chef me ha dado unas recetas de pasta increíbles. Si las queréis...

Las mujeres se miraron, confusas.

—¿Quién?

—El sous chef —repitió Dorian—. El ayudante del chef... del jefe de cocina.

—¿Tiene usted un chef de cocina?

—No, no. Brindon y yo contratamos uno para que nos enseñase a cocinar.

—¿Quién?

—¿Brindon?

—Briny —aclaró Dorian, que estaba a punto de desmayarse. ¿Por qué había mencionado al chef?

—Ah, Briny.

—Pues ya me gustaría verlo cocinando —rio una de las chicas.

—Desde luego. Briny solo come filetes con patatas. No lo imagino haciendo cosas elegantes —replicó otra.

Donan se puso más nerviosa. Evidentemente, aquella gente sabía más de Brindon que ella. Si no tenía nada que ver con su pasado, ¿qué le hacía pensar que podría ser parte de su futuro?

—¿En qué trabaja usted, señorita Burrell?

—Por favor, llámeme Dorian.

¿Qué podía contestar? Aquellas mujeres trabajaban en el campo. ¿Cómo iba a decirles que se dedicaba a ir de compras, a comer con sus amigas y a jugar al golf?

Pero tenía un trabajo, pensó entonces. Era la tutora de Brindon.

—Soy asesora de imagen.

—¿Y trabaja para Briny?

—En este momento, sí.

—¿Y qué hace exactamente? —preguntó la más joven.

—Pues... le enseño las reglas de etiqueta y lo ayudo a proyectar su imagen pública. Cómo vestirse, cómo comportarse...

—¿Y qué tiene de malo cómo se porta Briny? —preguntó otra.

—Nada, nada. Me contrató para... ampliar sus horizontes.

—Ya, ya —murmuró una pelirroja, dándole un codazo a la de al lado—. Ahora lo llaman así, ¿no?

Donan miró alrededor, buscando una forma de escapar. Podía ser hiriente y sarcástica con sus amigos, pero no sabía cómo replicar a unas mujeres que parecían creer que Brindon le pagaba por acostarse con ella.

Había intentado ser amable, pero las inquisidoras de Slapdown no se lo ponían nada fácil.

La orquesta empezó a tocar y, afortunadamente, Brindon apareció a su lado.

—Me debes un baile.

—No me digas que ahora sabes bailar —rio la desagradable pelirroja.

—Dori me ha enseñado todo lo que sé sobre el vals —respondió él—. Y cuando termine este baile, estoy dispuesto a enseñaros.

Dorian las vio hablando en voz baja, riéndose. Afortunadamente, no podía oír lo que decían.

—Me odian.

—Pero si no te conocen.

—Da igual. Si me conocieran me echarían del pueblo.

—¿Por qué dices eso? Son unas chicas muy majas.

—Sí, también decían eso de Lady Macbeth.

Brindon soltó una carcajada.

—¿Ese ruido que oigo es tu estómago?

—Ya te he dicho que no tengo hambre.

—Mentirosa. ¿Seguro que no quieres unas patatas? Están hechas al horno. Y hay unos sándwiches de pollo a la barbacoa que se deshacen en la boca y…

—Brindon, cállate.

—No sabes lo que te pierdes. Pete les ha puesto una pizca de mostaza picante… —siguió él. Mientras bailaba, iba llevándola hacia la mesa, donde se detuvo para llenar un plato de comida—. Tengo lo que tú quieres, cariño. Pero vas a tener que suplicarme.

Dorian no pudo evitar la risa.

—Ni en sueños.

Cuando miró alrededor, vio que todo el mundo estaba observándolos.

—Tú vives en mis sueños, Dori. Venga, dime que lo quieres —replicó él, poniendo el plato bajo su nariz.

—¡Dame eso, tonto!

Decididamente, si lo iba a pasar fatal, mejor hacerlo con el estómago lleno.

—¿Lo ves? Siempre sé lo que quieres.

—Sí, seguro, ensalada de patata.

En ese momento se abrió la puerta del bar. Y Dorian reconoció la cara de la recién llegada aunque hacía años que no la veía. La última cara que habría esperado ver allí. 0 en cualquier otra parte. No podía ser.

Pero allí estaba.

CAPÍTULO 12

HOLA a todo el mundo! ¡Ya estoy aquí!

La gente le dio la bienvenida con el mismo calor que le ofrecieron a Brindon... y que le habían negado a ella.

—Menos mal que ha venido. Ven, Dorian, quiero presentarte a...

—Mallory Peterson.

Su compañera de universidad, la que estudiaba Medicina para convertirse en médico de su pueblo. Un fantasma del pasado.

—¿La conoces?

—Estudiamos juntas.

—¡Vaya, menuda coincidencia!

Dorian tiró el plato de comida a la basura. Estaba segura de que la llegada de Mallory no era una coincidencia en absoluto. Era la pieza que faltaba en aquel rompecabezas.

—Ve a hablar con ella. Yo prefiero sentarme un rato.

En ese momento un hombre mayor subió al estrado y se colocó frente al micrófono.

—Señoras y señores, como alcalde de Slapdown tengo el honor de dar la bienvenida a la doctora Mallory Peterson.

Todo el mundo empezó a aplaudir.

Mallory no había cambiado mucho en aquellos años. Llevaba unos vaqueros blancos y una sencilla camisa azul. No podía verle los ojos, pero sabía que eran de color castaño... lo recordaba porque recordaba la tristeza que vio en ellas cuando rechazó su amistad.

—Sé que todo el mundo recuerda a Mallory porque nació y se crió aquí —siguió el alcalde—. Confs — guió una beca para estudiar Medicina y acaba de terminar la especialización, así que va a instalarse en Slapdown. ¡Vamos a darle a la doctora Peterson un aplauso de bienvenida!

Cuando los aplausos cesaron, Mallory se acercó al micrófono.

—Me alegro mucho de estar aquí. Prometí que volvería cuando terminase la carrera para devolver el favor a todos los que me ayudaron y aquí estoy.

Otra ronda de aplausos y el alcalde volvió a colocarse ante el micrófono.

—¡Briny Tucker, sube aquí ahora mismo y dale a Mallory la

buena noticia!

Brindon subió al estrado y le dio un abrazo.

—Mallory, lo primero que he de decir es que estamos todos muy orgullosos de ti. Y lo segundo, que el pleno del Ayuntamiento ha aprobado la construcción de un hospital a las afueras del pueblo.

La multitud empezó a aplaudir de nuevo, aquella vez con más ganas.

Dorian sabía lo importante que era un hospital para Slapdown. Y para Brindon. Aquel era su sitio, su hogar.

—No podemos ofrecerte una mansión, pero hay una casa prefabricada en los terrenos donde se construirá el hospital, que podría arreglarse —siguió Brindon.

—No sé qué decir… excepto «gracias» —sonrió Mallory.

Dorian tenía un nudo en la garganta. El destino parecía estar diciéndole que nunca la aceptarían en Slapdown. Nunca habría sitio para ella. Era una extraña, una Bunell.

Brindon se acercó entonces con la nueva doctora del pueblo.

—Hola, Mallory. Felicidades.

El rostro de su ex compañera se iluminó al reconocerla.

—¡Dorian! ¡Qué alegría volver a verte! —exclamó, abrazándola como si fueran amigas.

—Sí, yo también me alegro.

Tenía una expresión tan dulce que, si algún día tenía que ponerse bajo el bisturí, a Dorian le gustaría que el cirujano fuese Mallory.

—El alcalde me ha dicho que tú has hecho esto posible, Brindon.

—Bueno, en algo he contribuido —sonrió él—. Es una inversión.

—Es un milagro —replicó Mallory—. Gracias.

—Si quieres darle las gracias a alguien, dáselas a Dorian. Ella es la que me ha inspirado.

—¿Vais a quedaros en el pueblo?

—Volvemos mañana a Dallas. Pero si quieres ver el terreno y tu nueva casa, pásate a primera hora.

—Lo haré. Ah, por cierto —dijo Mallory entonces, sacando un billete de cien dólares del bolso—. Esto es tuyo.

—¿Por qué? —preguntó Brindon.

—El día que me iba a la universidad, tú me regalaste un diccionario, ¿te acuerdas? Unos meses después necesitaba cien

dólares para hacer un curso de laboratorio, pero no podía pedírselos a mis padres. Entonces se me cayó el diccionario al suelo… y descubrí que había un billete de cien dólares entre las páginas 708 y 709. ¿Sabes qué palabra había en esas páginas?

—Suerte —sonrió Brindon.

—Eso es, suerte —asintió Mallory, dándole un beso en la mejilla—. Gracias por darme suerte, Briny. Esos cien dólares me permitieron hacer el curso de laboratorio y fue ese profesor quien consiguió que me becaran hasta terminar la carrera.

—Estás muy callada —murmuró Brindon, apartando un momento la vista de la carretera.

—No hay mucho que decir.

Habían desayunado en el bar de Pete y, después de una parada en el orfanato, volverían a Dallas.

—¿Qué te pasa, Dorian? Estás muy rara.

—Nada.

—¿Alguien ha dicho algo que te haya molestado?

—No.

Todo lo contrario. Alguien había dicho algo que le hizo tomar una decisión. El silencio era su forma de lidiar con el dolor.

—¿De verdad estás bien?

—Sí. Por fin todo está bien.

Brindon debía vivir en Slapdown. Aquel era su sitio, aquella era su gente.

—Es estupendo que Mallory vaya a ser la doctora del pueblo, ¿verdad?

—Siempre estuvo decidida a serlo. Incluso de adolescente.

—¿Cómo os conocisteis?

—En la biblioteca Thorndyke. Me ayudó a encontrar un libro.

—Todo parece parte de un plan, ¿verdad?

—También podría ser una coincidencia.

—Yo no creo en las coincidencias —sonrió Brindon.

—Parece que a Mallory le ha gustado la casa —dijo Dorian entonces, para cambiar de tema.

Ella no había visto la grasa en las cortinas, ni parecía molestarla el ruido del ventilador. Estaba encantada con su nuevo hogar.

—Es bueno que viva cerca del hospital. Y que haya vuelto a Slapdown es maravilloso.

—Eso ha sido cosa tuya, ¿no?

Brindon y Mallory habían rejuvenecido el pueblo, dándole esperanza. Estaban hechos el uno para el otro.

Brindon se merecía una mujer como ella.

—¿Qué te pasa, Dorian? Dímelo.

—No me pasa nada, es que quiero volver a casa.

—No tenemos que pasar por el orfanato si no quieres.

—Me apetece verlo y conocer a los Appleton, de verdad.

Necesitaba acumular recuerdos que la ayudasen a soportar la soledad que se avecinaba.

Unas horas más tarde habían visitado el orfanato y el colegio. Todos los profesores se acordaban de Brindon. Era evidente que siempre vieron en él a alguien especial.

La última parada fue en casa de los Appleton y la pareja lo recibió como si fuera un hijo.

—Briny es un chico maravilloso —sonrió la mujer, bajita y de cabello blanco.

—Sí, sí, maravilloso. Estuve a punto de terminar en un correccional —rio él.

—No seas modesto —dijo el señor Appleton—. Eras un gran chico desde el principio.

Cuando se despedían, Brindon los abrazó con auténtico cariño.

—Gracias por ser la madre que perdí y el padre que necesitaba.

Se despidieron de ellos en la puerta, diciéndoles adiós con la mano.

—¿Qué te han parecido? —preguntó Brindon cuando estaban de nuevo en el coche.

—Encantadores. Tuviste mucha suerte —contestó Dorian.

—Estoy pensando hacer una donación al orfanato. Necesitan ordenadores, un gimnasio nuevo...

—Ah, muy bien. Llamaré a los medios de comunicación para organizar una rueda de prensa y...

—Quiero que sea una donación anónima, Dorian.

—¿Por qué? Llevo en esto mucho tiempo y hay que ser listo. No

te vendrá mal que la gente sepa el dinero que estás donando a causas benéficas.

—El altruismo no debe servir para que los demás te aprecien, solo para hacer lo que hay que hacer —replicó él.

El resto del viaje lo hicieron en silencio. Cuando llegaron a casa, Brindon subió su bolsa al apartamento y sugirió que pidiese comida china por teléfono mientras él bajaba con Reba a la calle.

Dorian empezó a sacar sus cosas para guardarlas en el armario. Gracias al viaje a Slapdown sabía lo que debía hacer. Había tomado una decisión y se lo diría aquella misma noche.

Briny presintió la marejada y reaccionó como el ganado cuando presiente una tormenta. Dorian se mostraba distante y extraña desde la noche anterior y no quería contarle qué le pasaba.

—Llevas todo el día volviéndome loco. ¿Qué te pasa? ¿Vas a contármelo o no?

Estaban en la cocina, tirando los restos de la comida china a la basura, y Brindon la abrazó.

¡No hagas eso!

El dio un paso atrás, sorprendido.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué te portas así?

—¡Nada!

—¡Deja de mentir y dime qué te pasa! —exclamó Brindon, exasperado—. No puedo soportarlo más, Dorian.

—¿De verdad quieres saberlo?

—Sí.

—Muy bien. Te lo diré.

—Ya era hora —suspiró él, pasándose una mano por el pelo—. Estoy confundido. No te entiendo.

—Quiero que te marches.

Sus palabras fueron como una bofetada.

—¿Adónde?

—Quiero que vuelvas a Slapdown. Ese es tu sitio, Brindon. No aquí, no conmigo. Solo quedan unos días para que termine mi contrato y no creo que sea necesario cumplirlo hasta el final —dijo Dorian entonces.

—¿Qué estás diciendo?

—No hay necesidad de que volvamos a vernos —murmuró ella, volviendo la cara.

Brindon la tomó del brazo para obligarla a mirarlo.

—¿De qué estás hablando, Dori?

—¡No me llamo Dori! Soy Dorian Burrell. ¿Es que no lo entiendes?

—¡No, no lo entiendo!

—Yo no soy Dori, Brindon. Mallory es Dori.

—No entiendo nada —suspiró él—. ¿Quieres explicarme eso, por favor?

—Debes volver a Slapdown y ponerle un anillo en el dedo antes de que alguien te la quite.

—¿Qué? ¿Por qué crees que me interesa Mallory?

—Porque es la mujer de tu vida.

—Mallory Peterson es como una hermana para mí. Te quiero a ti, Dori.

—No puedes quererme a mí, Brindon. Yo no puedo cambiar, soy como soy. Pensé por un momento que podría, pero no es verdad.

—Pero... ¿por qué has cambiado de opinión? ¿Por qué quieres que me vaya?

Dorian tuvo que hacer un esfuerzo para controlar las lágrimas.

—Porque he dejado de creer que los sueños pueden hacerse realidad.

CAPÍTUL0 13

AL DÍA siguiente, Briny dejó el apartamento y se mudó a un hotel. Durante un par de semanas, se reunió con Malcolm O'Neal para redactar el documento de creación de la Fundación Marion Tucker, el nombre de su madre, desde donde pensaba aportar fondos a otras organizaciones sin ánimo de lucro.

Había miles de papeles que estudiar y firmar, pero no dejaba de pensar en Dorian. Desde la noche que lo echó de su casa, había pasado por todos los estados de ánimo: rabia, dolor, angustia, desesperación, pero seguía sin creer que ella estuviese fuera de su vida.

La había llamado docenas de veces por teléfono para profesarle amor eterno, pero siempre saltaba el contestador.

Malcolm le dijo que su abuela había vuelto del crucero y Dorian estaba con ella en el rancho, a setenta kilómetros de Dallas.

Brindon estuvo a punto de ir allí y exigirle que hablase con él, pero decidió darle tiempo para que lo echase de menos. Si lo echaba de menos.

A finales de septiembre volvió a Slapdown para poner la primera piedra del hospital, pero su corazón no estaba allí.

Más tarde fue a tomar un café con Mallory al bar de Pete.

—Bueno, ¿cuándo vas a convencer a Dorian de que es la mujer de tu vida?

—No quiere ni verme —suspiró él—. Ni siquiera me devuelve las llamadas.

—¿Y no piensas hacer nada?

—No sé qué hacer, Mallory. No me importa dejar el orgullo a un lado cuando quiero a alguien, pero esta vez no puedo.

—¿Por qué no?

—Porque Dorian no quiere saber nada de mí.

—No me puedo creer que te hayas rendido tan pronto.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Que la secuestre? —Si eso es lo que tienes que hacer… —sonrió Mallory.

—No seas boba.

—La ciencia médica aún no ha descubierto la cura para el orgullo masculino, pero estamos en ello.

—No es orgullo, es que soy realista.

—Eres un cabezota, Briny Tucker. Si abandonas, puede que te pierda el respeto.

—¡Pero si no quiere verme! —insistió Briny, exasperado—. No tengo un título universitario, pero no hay que tenerlo para darse cuenta de eso.

—Me parece a mí que no eres tan listo como yo creía —sonrió Mallory—. Dorian Burrell es una mujer muy insegura. La primera vez que la vi pensé que era la chica más guapa que había visto nunca. Pero luego oí a sus supuestas amigas hablando de ella. No estaban con Dorian porque le tuviesen cariño, sino porque era millonaria. Y los chicos salían con ella por la misma razón. Era la persona más solitaria de la universidad.

—¿Y qué pasó?

—No dejó que me acercase. Supongo que para ella era más fácil

tener amigas frívolas que arriesgarse a tener una de verdad, que esperase algo más de ella.

Briny se quedó pensativo.

—¿Qué sugieres que haga?

—¿No podrías encontrarte con ella por casualidad? Quizá así podrías convencerla.

Él se lo pensó un momento.

—La semana que viene hay una gala benéfica a la que seguro que irá. Y yo también he recibido una invitación.

—¡Pues ya está! ¡Cenicienta te espera en el baile!

—No pienso ir, así que déjame en paz —estaba diciendo Dorian, tumbada en el sofá.

—¡Claro que irás! Los Burrell siempre van a esa gala, es una tradición —insistió su abuela—. Levántate de ese sofá, jovencita. Llevas semanas llorando como una mocosa. ¡Si hubiera sabido que me iba a encontrar con esto, me habría quedado en Grecia!

—Eres mala, abuela —protestó Dorian—. Pero te quiero.

—Yo también te quiero, hija. ¿Vas a contarme qué te pasa?

—No.

—Estás enamorada de ese tal Briny Tucker, ¿eh?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Malcolm, por supuesto.

—Ah, claro. Bueno, da igual. Brindon está mejor sin mí.

—¿Y eso? ¿Te has vuelto una mártir de repente? Te advierto que nunca ha habido un mártir en nuestra familia.

—No lo entiendes, abuela —suspiró Dorian.

—Claro que lo entiendo. Y reconozco un corazón roto cuando lo veo.

Su abuela era la única persona con la que podía hablar, la única que conocía sus sentimientos.

—Brindon es un hombre maravilloso. Lo era cuando no tenía dinero y ahora que lo tiene no ha cambiado en absoluto. Yo, sin embargo, nací entre algodones y...

—No digas tonterías —la interrumpió su abuela.

—Pero...

—Mira, hija, yo sé tanto como tú de ese tal Tucker.

—¿Lo has investigado? —exclamó Dorian.

—Por supuesto. Eres mi única heredera, tenía que hacerlo. El señor Tucker ha pasado la investigación, desde luego. Es un buen hombre. Un hombre al que no me importaría tener como nieto.

—No creo que sea posible, abuela.

—¿Por qué no? Tú eres una Burrell. Mira, hija, yo he sido pobre de pequeña, antes de que mi padre encontrase petróleo. Prefiero ser rica, pero no es eso lo que define la personalidad de alguien.

—Pero yo...

—Tú vas a abrir una empresa de informática con programas de arte para niños. Justo lo que tenías que hacer.

—Por eso cerraste el grifo cuando te fuiste a Grecia, ¿verdad? Para que me espabilase.

—Algo así. Y ha funcionado —sonrió Prudence Burrell—. Ahora lo que tenemos que solucionar es el asunto de tu novio.

—¡No es mi novio!

—¡Pues debería serlo! Mira Dorian, depende de ti y solo de ti que seas feliz. Si tú quieres tirar la felicidad por la ventana...

—No quiero hacer eso, abuela.

—Entonces lucha por lo que quieres, hija. Yo confío en ti. Confío de todo corazón. ¿Te vale eso de algo?

A Dorian se le hizo un nudo en la garganta y, aunque lo intentó, no pudo evitar las lágrimas.

—¿Por qué lloras? ¿He dicho algo malo?

—No, todo lo contrario.

—Entonces, ¿vas a ir en busca de tu felicidad?

—Sí, abuela. Voy a buscar a Brindon.

La noche de la gala, el salón de baile del hotel había sido transformado en un escenario de cuento de hadas... del siglo XXI. Candelabros de cristal francés, velas y flores en las mesas, un catering de ostras y caviar, señoras ataviadas con elegantísimos vestidos paseando por los suelos de pulido mármol y hombres de esmoquin que comentaban sus últimas inversiones.

Tanta extravagancia, tanto lujo... y todo por una buena causa.

Briny miraba alrededor, buscando a Dorian. Sabía que estaría allí porque los Burrell eran patronos de las artes desde hacía años.

Estaba a punto de darse la vuelta cuando la vio, al otro lado del salón.

Allí estaba, su sueño hecho realidad.

El vestido de color rosa pálido con escote palabra de honor tenía una falda que caía hasta el suelo. Llevaba el pelo recogido en un moño francés que destacaba sus preciosas facciones. Como joyas, unas perlas rosadas al cuello.

Era la personificación de una princesa de cuento y Briny se quedó sin aire. En las semanas que llevaban separados casi había olvidado lo bonita que era.

Pero no había olvidado cuánto la quería.

Dorian sintió un escalofrío y supo que Brindon acababa de llegar al salón. Había rezado para que estuviese allí. Cuando sus ojos se encontraron él sonrió, con aquella sonrisa que hacía que le temblasen las piernas.

Nerviosa, Dorian se llevó una mano al cuello para tocar el collar que le había prestado su abuela.

Estaba enamorada de Brindon. Era el hombre de su vida y no pensaba dejarlo escapar.

Lo vio acercarse, tan alto como siempre, con aquel esmoquin de Arman¡. Era el hombre más guapo de Dallas. El más guapo del mundo.

—Perdone, señorita. ¿Me concede este baile?

—Desde luego —contestó ella, aceptando su mano.

—¿Podría concederme el siguiente? —preguntó

Brindon entonces.

—Desde luego.

—¿Y el otro? ¿Y el otro? ¿Todos los bailes hasta el final de los tiempos?

—Sí —contestó Dorian.

Para siempre. Hasta entonces duraría su amor. Las notas de El Danubio Azul llenaron el salón de baile y mientras Dorian daba vueltas en los fuertes y seguros brazos de su príncipe, supo que los sueños se hacían realidad.

EPÍLOGO

E L PUEBLO de Slapdown, en un lejano lugar llamado Texas, conoció la prosperidad. Aunque Briny Tucker repartió su dinero entre los más necesitados, él seguía siendo el más rico de todos.

Porque, como el destino había decretado, se aventuró en el reino de Dallas y allí conoció a la mujer de sus sueños. Tan bonita y tan solitaria como una princesa, Dori vivía en un frío palacio de cristal al que no llegaban los sueños.

Briny juró liberarla y mató a los dragones que guardaban su corazón. Después, repartieron sus riquezas, pero conservaron la mayor de todas.

Porque la princesa y el joven pobre de Slapdown aprendieron una verdad importante: que el amor lo hace todo posible.

Y por eso Briny y Dori vivieron felices para siempre.

Debrah Morris — Una vida juntos (Harlequín by Mariquiña)